**UNIDAD 7:**

*(Este apunte debe ser completado con los apuntes de clase)*

1. CRISTO en la Sagrada Escritura:

-En los evangelios sinópticos, en Juan, Pablo y otras cartas.

1. Cristo anuncia la Buena Nueva del Reino. Misión y obra.
2. Cristo en sus misterios: misterios de la vida de Cristo.

-De la infancia: encarnación y nacimiento.

-De la vida pública: milagros y enseñanzas.

-De la pasión muerte y resurrección. Misterio Pascual.

1. Cristo en su ser: la unión hipostática.
2. **CRISTO en la Sagrada Escritura:**
3. **Presentación de la Figura de Jesús de Nazaret en el Evangelio de MARCOS**

**Objetivo:** profundizar en rasgos de la persona de Cristo, su obra y su mensaje.-

**Recurso**: la Biblia del Pueblo de Dios o la de Jerusalén o la Edición Latinoamericana.-

**Implementación:**

1. Leer los Prenotandos de cada Evangelio y responder: datos del autor sagrado, año en que escribe, a quién escribe especialmente el evangelio.-
2. Hojeando las páginas de todo el evangelio que está dividido en capítulos, con todos los Títulos en Mayúsculas que la Editorial (no el escritor sagrado) ha puesto, te animarías a hacer un ESQUEMA .
3. Leer los siguientes textos y ver qué notas podemos destacar de la figura de Jesús o qué rasgos de la persona de Cristo quiere mostrarse:

Textos: Leer

* Marcos 1,1-12
* Mc 3, 7-12
* Mc 9, 2-10
* Mc 11,1-11

1. **Presentación de la Figura de Jesús de Nazaret en el Evangelio de MATEO**

**Objetivo:** profundizar en rasgos de la persona de Cristo, su obra y su mensaje.-

**Recurso**: la Biblia del Pueblo de Dios o la de Jerusalén o la Edición Latinoamericana.-

**Implementación:**

1. Leer los Prenotandos de cada Evangelio y responder: datos del autor sagrado, año en que escribe, a quién escribe especialmente el evangelio.-
2. Hojeando las páginas de todo el evangelio que está dividido en capítulos, con todos los Títulos en Mayúsculas que la Editorial (no el escritor sagrado) ha puesto, te animarías a hacer un ESQUEMA .
3. Leer los siguientes textos y ver qué notas podemos destacar de la figura de Jesús o qué rasgos de la persona de Cristo quiere mostrarse:

Textos: Leer

* Mt 5, 1-16 Mt 6, 1-28 Mt 13,1-23

1. **Presentación de la Figura de Jesús de Nazaret en el Evangelio de LUCAS**

**Objetivo:** profundizar en rasgos de la persona de Cristo, su obra y su mensaje.-

**Recurso**: la Biblia del Pueblo de Dios o la de Jerusalén o la Edición Latinoamericana.-

**Implementación:**

1. Leer los Prenotandos de cada Evangelio y responder: datos del autor sagrado, año en que escribe, a quién escribe especialmente el evangelio.-
2. Hojeando las páginas de todo el evangelio que está dividido en capítulos, con todos los Títulos en Mayúsculas que la Editorial (no el escritor sagrado) ha puesto, te animarías a hacer un ESQUEMA .
3. Leer los siguientes textos y ver qué notas podemos destacar de la figura de Jesús o qué rasgos de la persona de Cristo quiere mostrarse:

Textos: Leer

* Capítulos 1 y 2………. Compararlos con los datos que ofrece Mateo capítulo 1 y 2 . o Marcos
* Lucas 7, 1-17
* Capítulo 15 entero.-

1. **Presentación de la Figura de Jesús de Nazaret n el Evangelio de JUAN**

**Objetivo:** profundizar en rasgos de la persona de Cristo, su obra y su mensaje.-

**Recurso**: la Biblia del Pueblo de Dios o la de Jerusalén o la Edición Latinoamericana.-

**Implementación:**

1. Leer los Prenotandos de cada Evangelio y responder: datos del autor sagrado, año en que escribe, a quién escribe especialmente el evangelio.-
2. Hojeando las páginas de todo el evangelio que está dividido en capítulos, con todos los Títulos en Mayúsculas que la Editorial (no el escritor sagrado) ha puesto, te animarías a hacer un ESQUEMA .
3. Leer los siguientes textos y ver qué notas podemos destacar de la figura de Jesús o qué rasgos de la persona de Cristo quiere mostrarse:

Textos: Leer

* Prólogo Capítulo 1,1-18
* Jn 6, 22-63 y compararlo con Lucas 9, 10-17
* Jn 10, 1-14 Jn 14, 1-17
* Jn 15,1-7

Los Evangelios. Autores, fechas y destinatarios.

 El Nuevo Testamento es la fe literaria de la Buena Nueva de Cristo y agrupa los cuatro Evangelios, las cartas de los apóstoles a las primeras comunidades cristianas y el Apocalipsis. Los textos principales son los cuatro Evangelios de Marcos, Mateo, Lucas y Juan que narran

La moderna crítica literaria aplicada por los exégetas de la Iglesia Católica ha permitido profundizar enormemente en las cuestiones sobre los Evangelios. Las herramientas de las que disponemos son la crítica científica: crítica de las fuentes, crítica de la forma literaria, crítica redaccional y crítica de las tradiciones. A continuación se exponen las conclusiones estudiadas hoy en día en las facultades de teología.

 Los Evangelios "Sinópticos"

Se conocen como "Evangelios Sinópticos" los de Marcos, Mateo y Lucas porque tienen el mismo esquema y parten de una triple tradición común: la famosa "Fuente Q" que narraba la predicación de Jesús pero no incluía la Pasión, las tradiciones orales de los testigos y los logia o colecciones de escritos sobre las palabras de Jesús. Ambas fuentes se perdieron, desgraciadamente para nosotros.

Evangelio de Marcos

Autor: Marcos es, probablemente, el secretario de Pedro, y escribió su evangelio basándose en los relatos de los discípulos (principalmente de Pedro), ya que él no fue testigo presencial de los hechos que narra. Marcos narra en su evangelio que un joven cubierto con una sábana siguió a Jesús tras ser apresado. ¿Es este joven el propio Marcos? Muchos así lo ven.

Fecha, idioma y lugar: Marcos escribió su evangelio, el primero de los sinópticos, hacia el año 50-60. El idioma utilizado fue el griego. Desde Clemente de Alejandría es tradición situar el lugar de composición en Roma.

Destinatarios: Marcos escribió para cristianos provenientes del mundo pagano, por lo que no presta demasiado interés a las cuestiones de la Ley Mosaica, que no interesan a sus lectores y sí pone cuidado en explicar las costumbres judías, que sus lectores desconocen y por ello precisan de una explicación.

Fuentes: Marcos debió escribir su evangelio basándose en relatos de los Apóstoles y testigos presenciales de los hechos que describe. Además, según una tradición antigua, se apoyó en material de primera mano que circulaba desde la muerte de Jesús y que contenía las enseñanzas de Cristo y sus palabras: la tradición oral de los testigos y los famosos logia.

Comentario: Marcos escribió en griego, ya que por entonces el pueblo judío en su mayoría prácticamente había vuelto la espalda a la Buena Nueva, por lo que la Iglesia se abría a los gentiles con mayor vigor. Por ello pone especial atención al rechazo que los judíos radicales sentían por Jesús. Su evangelio es el menos sistemático y de más pobre estilo literario ya que está redactado en estilo coloquial. Utiliza mucho el presente histórico y su vocabulario es reducido y muy espontáneo.

Evangelio de Mateo

Autor: Mateo es, probablemente, el publicano (recaudador de impuestos) al que Jesús llamó para formar parte de los doce apóstoles, por lo que es testigo directo de los hechos que narra. También es llamado en los Evangelios con el nombre de Leví. Probablemente fue un judío helenizado

Fecha, idioma y lugar: Mateo escribió su evangelio en su forma primitiva hacia los años 60-70 y su redacción definitiva se hizo hacia el año 80, probablemente por un discípulo. El idioma empleado fue el arameo, la lengua utilizada por los judíos que vivían en Palestina. Se piensa que probablemente fue escrito en Siria, donde había mayor número de judíos cristianizados.

Destinatarios: Los judíos cristianizados, por lo que no explica las costumbres judías que sus lectores se sabían de memoria ni traduce los vocablos hebreos. Además hay varias referencias al Antiguo Testamento y a la Ley Mosaica.

Fuentes: Mateo tomó el 50% del material de su evangelio de Marcos y la parte restante de la Fuente Q y de los logia y las tradiciones orales. El relato de la infancia de Jesús no aparece en la Fuente Q ni en Marcos, por lo que Mateo tuvo aquí, y en otras partes de su evangelio, una fuente desconocida.

Comentario: Mateo escribió en arameo, la lengua que utilizaban los judíos, porque es un evangelio destinado al pueblo de Israel. Sus escritos complementan y abarcan más que los de su predecesor Marcos, pero siguen el mismo esquema. Aproximadamente Mateo tomó la mitad del material de Marcos abreviando la narrativa. Y el 25% de su evangelio coincide casi exactamente con el de Lucas, precisamente en las palabras de Jesús ya que ambos utilizan la Fuente Q. Es un evangelio construido de manera sistemática y ordenada, con una estructura basada en cinco bloques o discursos con un claro interés didáctico y teológico que se muestra en el interés de Mateo por la doctrina de Jesús

Evangelio de Lucas

Autor: Lucas es, probablemente, el médico sirio que cita Pablo y que acompañó al Apóstol en su viaje a Roma. Lucas escribió su evangelio conjuntamente con los Hechos de los Apóstoles que primitivamente formaban una obra única. No es testigo presencial de lo que narra en su evangelio pero sí de lo que narra en los Hechos. En Roma Lucas se encontró con Pedro y fue testigo de la evangelización de los dos Apóstoles en la Urbe. Es el único de los cuatro evangelistas que no es judío.

Fecha, idioma y lugar: Lucas escribió su evangelio, el tercero de los sinópticos, alrededor del año 70-80. El idioma utilizado fue también el griego. Lo que está claro es que Lucas escribió fuera de Palestina, probablemente en Grecia.

Destinatarios: cristianos provenientes del paganismo (griegos y romanos).

Fuentes: Lucas utiliza el 70% del material de Marcos y dispone de fuentes propias, exclusivas, además de la Fuente Q, de las tradiciones orales y de los logia. así, para componer su relato de la infancia de Jesús, probablemente la fuente fuera la misma virgen María, como parece intuírse leyendo el texto. Los estudiosos llaman a esta fuente original de Lucas "Fuente L" y probablemente sea la fuente más antigua de todas las involucradas en la composición de los Evangelios, aunque no sabemos si se trató de una fuente oral o escrita.

Comentario: Lucas es un magnífico escritor de atractiva personalidad que fue recopilando meticulosamente todas las tradiciones orales que le llegaron a los oídos. Aunque utiliza las mismas fuentes que Marcos y Mateo, las enriquece con aportaciones como el relato de la infancia de Jesús que, según se supone al leerlo, la misma Virgen María debió contarle. Como no era judío, no presta la misma atención que Mateo y Marcos a los temas de la Ley mosaica y sí lo hace al papel de la mujer en el Evangelio y a la necesidad de la pobreza de medios para alcanzar la riqueza espiritual.   Su estilo es el mejor de los Sinópticos, con un vocabulario muy rico. Lucas retoca las fuentes de Marcos y Mateo para evitar expresiones que puedan ser malinterpretadas y pone especial hincapié en el amor de Cristo a los desheredados. Lucas escribió también el libro de los Hechos de los Apóstoles que primitivamente se publicó como parte integrante de su evangelio y que narra la historia de la Iglesia desde la bajada del Espíritu Santo en Pentecostés hasta la llegada de Pablo a Roma y que estudiaremos en el siguiente capítulo.

Evangelio de Juan

El cuarto evangelio es el de Juan, que no sigue el esquema de los Sinópticos y dispone de fuentes propias.

Autor: Juan Zebedeo, el más joven discípulo al que Jesús cariñosamente apodaba "el hijo del trueno".

Fecha, idioma y lugar: Juan escribió su Evangelio después del año 95. El idioma utilizado fue también el griego. El lugar parece claro: la isla de Patmos a la que el apóstol había sido desterrado por Domiciano.

Destinatarios: Los cristianos de origen heleno perseguidos por Roma.

Fuentes: Todo su evangelio es un compendio de su vivencia al lado de Cristo, por lo que sólo necesitó fuentes para el inicio de la obra.

Comentario: El evangelio de Juan, un "cuerpo extraño" si se compara con los Sinópticos, es un evangelio mediatizado por la terrible situación que vive la Iglesia en aquellos sangrientos días. Es el que cuenta con mayor número de detalles precisos sobre las enseñanzas de Cristo y el que utiliza un lenguaje más refinado. Precisamente es el lenguaje utilizado una de las claves del evangelio de Juan. Un evangelio muy crudo, una obra muy compleja que aún suscita interminables e interesantísimos debates. El final del texto aclara que la redacción definitiva fue obra de discípulos de Juan. Además del evangelio, Juan escribió su famoso Apocalipsis, una obra literaria que ha cautivado los corazones de generaciones enteras por su estilo. El Apocalipsis muestra a una Iglesia perseguida en medio de un mar de sangre constituido por las terribles guerras que habían azotado Tierra Santa. Una Iglesia que vencerá gracias a Cristo resucitado que se impondrá al mal y que traerá el Reino a todos los hombres de buena voluntad. Toda una maravilla para pasarse horas y horas extasiándose en su lectura.

¿Cuándo se escribió cada evangelio?

Esta pregunta es una cuestión fascinante para los que estudiamos la Historia, aunque en realidad ni quitaría ni añadiría nada nuevo a la doctrina de los escritos. Tan sólo es una mera curiosidad científica de esas que tanto nos gustan. Sobre la fecha de composición de los evangelios hay muchas dudas y casi todas son razonables. La Iglesia en los documentos del Concilio Vaticano II dejó muy claro que las fechas, e incluso los autores no están demostrados que sean los que parecen y que por ello sólo es fiable que fueron creados fruto de la inspiración de Dios, como así fue, ya que reflejan el Mensaje de Cristo en su plenitud y por ello son Palabra de Dios.

Conocemos fechas aproximadas: Marcos entre los años 50-60, Mateo 60-70, Lucas 70-80 (estos tres son los evangelios sinópticos) y el de Juan a partir del 95. Pero son sólo aproximaciones, ya que la fecha exacta es un misterio. Hay muchas interpretaciones, cada historiador tiene la suya, la mía es ésta:

La Buena Nueva salió de Jerusalén llevada por los discípulos de Cristo, los cristianos "de primera generación" expandiéndose rápidamente por todo Israel primero y hacia el norte seguidamente, hacia la costa del Mediterráneo oriental cuya población estaba completamente helenizada y que se convirtió en una magnífica cantera de cristianos "de segunda generación", es decir, de cristianos que no fueron testigos presenciales pero que tuvieron un testimonio de primera mano sobre lo ocurrido. Como por ejemplo Lucas, el médico sirio que se convirtió rápidamente, en cuanto la Buena Nueva llegó a Siria. Lucas es el cristiano "de segunda generación" por excelencia: no es judío, sino un gentil, con formación intelectual suficiente, criado en un ambiente absolutamente helenizado que rinde culto a las artes y a las letras. Es en esta zona costera de lo que hoy es Turquía y Siria, que entonces era una de las zonas más cultas del planeta e impregnada de cultura griega hasta los tuétanos donde se va a desarrollar la Iglesia cristiana primitiva, a la que Pablo dedicará sus mayores y más fructíferos esfuerzos.

Pues bien, a mí me resulta muy difícil de creer que en los años en los que se supone que Lucas escribió su Evangelio junto con el libro de los Hechos de los Apóstoles, no hubiera ya una completa literatura cristiana, al menos en esta zona helénica. Posiblemente en Israel hubiera mucha menos documentación, pero en la "zona griega" lo más común era ponerlo todo por escrito, y una pieza clave es que de los cuatro evangelios tres son escritos en griego originalmente, lo que demuestra la importancia de esta zona. Así pues, creo que lo más sensato es pensar que en la época en la que se escribieron los evangelios sinópticos había varias recopilaciones de textos que narraban la vida de Jesús. Estos textos perdidos (o tradiciones orales no puestas por escrito) hoy los conocemos como los logia y la Fuente Q y fueron la fuente común que inspiró los evangelios de Marcos, Mateo y Lucas: los evangelios sinópticos que siguen el mismo esquema de composición. Desafortunadamente no conocemos esas fuentes que sin duda fueron escritas o transmitidas por testigos presenciales de los hechos, ni tampoco conocemos si concretamente hubo un llamado "protoevangelio" escrito en arameo recopilando los testimonios de los apóstoles, aunque textos sobre Jesús debían circular y no pocos, ya que la misión evangelizadora requería el soporte de la correspondencia escrita tal y como demuestra Pablo y demás escritores de los primeros años. También es muy posible que cada apóstol tuviera sus propios documentos o "memorias" recopiladas por alguno de sus discípulos, por lo que es fácil imaginar que sí hubo producción literaria, como demuestra sin lugar a dudas un hecho: que no sepamos en realidad cuántas fuentes fueron utilizadas para la redacción de los evangelios sinópticos, si dos, cuatro o una docena, porque más de una fuente al menos es algo demostrado por todos los análisis de comentario de texto realizados a lo largo de siglos de investigación. Literatura cristiana de los primeros tiempos hay más de la oficialmente reconocida por la Iglesia como canónica (la que forma el Nuevo testamento). Hay varios evangelios que no han sido incluidos en el canon (canon significa norma) por distintas razones, lo cual no supone que no sean textos de gran interés. Producción literaria hubo bastante y pensar lo contrario es cerrar los ojos ante la realidad no sólo del cristianismo, sino del mundo en el que se desarrolló.

Lo que sabemos es que el evangelio de Marcos pudo ser redactado en su forma definitiva (esto es importantísimo, ya que es muy posible que todos los evangelios circularan escritos años antes de su redacción definitiva o "última edición del autor") entre los años 50 al 60 de nuestra era, es decir, 20 años después de la muerte y resurrección de Cristo (la Pasión) y que este evangelio junto al de Mateo, redactado en su forma definitiva entre los años 60-70 de nuestra era, y al de Lucas,redactado en su forma definitiva entre los años 70-80 de nuestra era, utilizaron una serie de fuentes comunes: los logia o conjunto de escritos sobre la vida de Jesús y la enigmática Fuente Q. ¿Cuándo se escribieron los logia? evidentemente antes, bastante antes del año 50 porque no puedo creer que en el año 40, diez años después de la Pasión, no existieran varias colecciones de escritos narrando los acontecimientos. ¿Cuántos eran? nunca lo sabremos, pero que existieron es algo fuera de duda. ¿Quién los escribió? Si hablamos de escritos de antes del año 50 es indudable que fueron escritos o dictados por testigos presenciales, es decir, cristianos" de primera generación" como los propios apóstoles y demás fieles. Hace años mi abuelo me narraba sus experiencias en la Guerra Civil Española de 1936-1939. Mi abuelo fue testigo presencial y partícipe de los hechos que me narraba, un testigo "de primera generación" y yo, que recopilé sus recuerdos en mi memoria pertenezco a la "segunda generación de transmisión", esa generación que no ha vivido los hechos pero cuyas fuentes son de primera mano, como en el caso de Lucas. Si yo no hubiera conocido a mi abuelo y sus experiencias me hubieran sido transmitidas por mis padres yo pertenecería a la "tercera generación de transmisión" y mis datos estarían condicionados por aquello que mis padres hubieran creído oportuno añadir o quitar a la historia de mi abuelo. Probablemente dentro de cuatro o cinco generaciones mis tataranietos contarán una historia sobre mi abuelo que éste no podría reconocer, porque es obvio que en cada eslabón de transmisión los hechos van deformándose aunque no se pretenda. Por ello es tan importante el testimonio de Lucas sobre la infancia de Cristo cuando comenta que la Virgen María "guardaba todos esos recuerdos en su corazón". Lucas no vio al niño Jesús gatear por la carpintería de José, pero María, su madre, sí y lo más probable es que fuera ella misma la que se lo contara a Lucas, por lo que el testimonio del médico-evangelista es un auténtico tesoro.

La clave para la datación de los evangelios está en si en ellos se habla de la destrucción del Templo ocurrida en el año 70. Si los evangelistas se refieren a ella cuando hablan del Templo (cosa que no sabemos), entonces escribieron después del año 70, pero es algo que no sabemos con certeza. Por ello todas las fechas de composición de los evangelios son hipotéticas. Personalmente pienso que un hecho de tan gigantesca trascendencia como la destrucción del Templo tendría en los sinópticos un reflejo evidente, y el que no lo tenga parece indicar con claridad, a mi entender, que los tres primeros evangelios fueron publicados en su forma definitiva antes del año 70. Esta opinión es hoy por hoy la mayoritaria entre los estudiosos de este tema, puesto que es la más lógica. ¿No hubiera Mateo, el fervoroso judío que escribió su evangelio para sus hermanos, hecho referencia a la destrucción del Templo comentando las famosas palabras de Jesús?

Estudio aparte merece el cuarto evangelio, el de Juan, redactado en su forma definitiva a partir del año 95 de nuestra era ya que se publicó tras el Apocalipsis. Juan, que se nombra a sí mismo como "el discípulo a quien Jesús amaba" es el joven al que Jesús apodaba cariñosamente como "el hijo del trueno" por su vitalidad y fortaleza de ánimo. En la cruz, sólo las mujeres y Juan estuvieron junto a Jesús crucificado. En un momento determinado, Jesús, dirigiéndose a su joven discípulo Juan le señaló a la Virgen María como si fuera la suya propia (en ese gesto Cristo señaló que la Virgen es la Madre de toda la Humanidad) y Juan la acogió desde entonces en su casa, lo que demuestra que entre el joven discípulo y el Maestro había una relación de afecto fraterno como señala el propio Juan con orgullo (y no es para menos). Es evidente que la fascinante personalidad de Juan, que se revela con completa nitidez en su evangelio y en el libro del Apocalipsis, eran del agrado de Jesús, ya que la radicalidad del mensaje de Juan encaja perfectamente con el absoluto grado de disponibilidad que Jesús exige y que el Apóstol dio a su Maestro sin dudar. Juan es un magnífico literato que escribe un evangelio que sorprende porque es radicalmente distinto a los tres sinópticos, un evangelio bastante posterior cuya definitiva redacción se realizó más de sesenta y cinco años después de la Pasión pero que, con toda probabilidad el autor llevaba confeccionando desde muchos años antes. Esta redacción definitiva la efectúa un anciano Juan que, en medio de la terrible persecución desatada por el carnicero Domiciano (uno no puede comprender que semejante monstruo fuera hijo de Vespasiano y hermano de Tito) que costará la vida a gran número de mártires cristianos, es desterrado a la isla de Patmos. Probablemente no fue ejecutado debido a su avanzada edad y es en esa situación en la que el último testigo vivo de la muerte y Resurrección de Cristo, el joven al que Jesús casi setenta años antes puso un cariñoso mote humorístico y al que encomendó desde la cruz el cuidado de su madre la Virgen María, en la que va a dar forma definitiva a la edición de su evangelio en el que lleva tantos años trabajando. El Apocalipsis es terminado el año 95 de nuestra era e inmediatamente se puso a corregir su evangelio que sería publicado poco después. Habían pasado veinte años desde el martirio de Pedro y Pablo en Roma. Sabemos que Juan murió a partir de año 98, ya que en este año fue nombrado emperador de Roma el español Trajano y que el evangelista, el último de los Doce Apóstoles vivos, murió durante su reinado.

1. Cristo anuncia la Buena Nueva del Reino. Misión y obra.

**LA MISIÓN DE CRISTO**

* [**Misión de Cristo: predicar la Buena Nueva (20.IV.88)**](http://www.churchforum.org/info/El_Papa/Documentos_Pontificios/catequesis/redencion1.htm#Misión de Cristo: predicar la Buena Nueva (20.IV.88))
* [**La Buena Nueva del Reino de Dios (27.IV.88)**](http://www.churchforum.org/info/El_Papa/Documentos_Pontificios/catequesis/redencion1.htm#La Buena Nueva del Reino de Dios (27.IV.88))
* [**Dar testimonio de la verdad (4.V.88)**](http://www.churchforum.org/info/El_Papa/Documentos_Pontificios/catequesis/redencion1.htm#Dar testimonio de la verdad (4.V.88))
* [**Cristo revela al Padre (1.VI.88)**](http://www.churchforum.org/info/El_Papa/Documentos_Pontificios/catequesis/redencion1.htm#Cristo revela al Padre (1.VI.88))
* [**Misión de Jesucristo (desde el Padre) (8.VI.88)**](http://www.churchforum.org/info/El_Papa/Documentos_Pontificios/catequesis/redencion1.htm#Misión de Jesucristo (desde el Padre) (8.VI.88))

**Misión de Cristo: predicar la Buena Nueva (20.IV.88)**

**1**. Comienza hay la última etapa de nuestras catequesis sobre Jesucristo (que venimos haciendo durante las audiencias generales de los miércoles). Hasta ahora hemos intentado mostrar quien es Jesucristo. Lo hemos hecho, en un primer momento, a la luz de la Sagrada Escritura, sobre todo a la luz de los Evangelios, y, después, en las últimas catequesis, henos examinado e ilustrado la respuesta de fe que la Iglesia ha dado a la revelación de Jesús mismo y al testimonio y predicación de los Apóstoles, a lo largo de los primeros siglos, durante la elaboración de las definiciones cristológicas de los primeros Concilios (entre los siglos IV y VII)

Jesucristo )verdadero Dios y verdadero hombre), consubstancial al Padre (y al Espíritu Santo) en cuanto a la divinidad: consubstancial a nosotros en cuanto a la humanidad: Hijo de Dios y nacido de María Virgen. Este es el dogma central de la fe cristiana en el que se expresa el misterio de Cristo.

**2**. También la misión de Cristo pertenece a este misterio. El símbolo de la fe relaciona esta misión con la verdad sobre el ser del Dios-Hombre (Theandrikos), Cristo, cuando dice, en modo conciso, que 'por nosotros, los hombres, y por nuestra salvación bajó del cielo y se hizo hombre'. Por esto, en nuestras catequesis, intentaremos desarrollar el contenido de estas palabras del Credo, meditando, uno tras otro, sobre los diversos aspectos de la misión de Jesucristo.

**3**. Desde el comienzo de a actividad mesiánica, Jesús manifiesta, en primer lugar, su misión profética. Jesús anuncia el Evangelio. El mismo dice que 'ha venido' (del Padre) (Cfr. Mc 1, 38), que 'ha sido enviado' para 'anunciar la Buena Nueva del reino de Dios' (Cfr. Lc 4, 43).

A diferencia de su precursor Juan el Bautista, que enseñaba a orillas del Jordán, en un lugar desierto, a quienes iban allí desde distintas partes, Jesús sale al encuentro de aquellos a quienes El debe anunciar la Buena Nueva. Se puede ver en este movimiento hacia la gente un reflejo del dinamismo propio del misterio mismo de la Encarnación: el ir de Dios hacia los hombres. Así, los Evangelistas nos dicen que Jesús 'recorría toda Galilea, enseñando en sus sinagogas' (Mt 4, 23), y que 'iba por ciudades y pueblos' (Lc 8, 1). De los textos evangélicos resulta que la predicación de Jesús se desarrolló casi exclusivamente en el territorio de la Palestina, es decir, entre Galilea y Judea, con visitas también a Samaria (Cfr. por ejemplo, Jn 4, 3)4), paso obligado entre las dos regiones principales. Sin embargo, el Evangelio menciona además la 'región de Tiro y Sidón', o sea, Fenicia (Cfr. Mc 7, 31; Mt 15, 21) y también la Decápolis, es decir, 'la región de los gerasenos', a la otra orilla del lago de Galilea (Cfr. Mc 5, 1 y Mc 7, 31). Estas alusiones prueban que Jesús salía, a veces, fuera de los límites de Israel (en sentido étnico), a pesar de que El subrayaba repetidamente que su misión se dirige principalmente 'a la casa de Israel' (Mt 15, 24). Asimismo, cuando envía a los discípulos a una primera prueba de apostolado misionero, les recomienda explícitamente: 'No toméis caminos de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos; dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel' (Mt 10, 5-6). Sin embargo, al mismo tiempo, El mantiene uno de los coloquios mesiánicos de mayor importancia en Samaria, junto al pozo de Siquem (Cfr. Jn 4, 1-26).

Además, los mismos Evangelistas testimonian también que las multitudes que seguían a Jesús estaban formadas por gente proveniente no sólo de Galilea, Judea y Jerusalén, sino también 'de Idumea, del otro lado del Jordán, de los alrededores de Tiro y Sidón' (Mc 3, 7-8; cfr. también Mt 4, 12-15)

**4**. Aunque Jesús afirma claramente que su misión está ligada a la 'casa de Israel', al mismo tiempo, de entender, que la doctrina predicada por El (la Buena Nueva) está destinada a todo el género humano. Así, por ejemplo, refiriéndose a la profesión de fe del centurión romano, Jesús preanuncia: 'y os digo que vendrán muchos de Oriente y Occidente y se pondrán a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos' (Mt 8, 11 ). Pero, sólo después de la resurrección, ordena a los Apóstoles 'Id, pues, y haced discípulos a todas las gentes' (Mt. 28, 19)

**5**. ¿Cuál es el contenido esencial de la enseñanza de Jesús? Se puede responder con una palabra: el Evangelio, es decir, Buena Nueva. En efecto, Jesús comienza su predicación con estas palabras: 'EL tiempo se ha cumplido y el reino de Dios esta cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva' (Mc 1, 15).

El término mismo 'Buena Nueva' indica el carácter fundamental del mensaje de Cristo. Dios desea responder al deseo de bien y felicidad, profundamente enraizado en el hombre. Se puede decir que el Evangelio, que es esta respuesta divina, posee un carácter 'optimista'. Sin embargo, no se trata de un optimismo puramente temporal, un eudemonismo superficial; no es un anuncio del 'paraíso en la tierra'. La 'Buena Nueva' de Cristo plantea a quien la oye exigencias esenciales de naturaleza moral; indica la necesidad de renuncias y sacrificios; está relacionada, en definitiva, con el misterio redentor de la cruz. Efectivamente, en el centro de la 'Buena Nueva' está el programa de las bienaventuranzas (Cfr. Mt 5, 3-11), que precisa de la manera más completa la clase de felicidad que Cristo ha venido a anunciar y revelar a la humanidad, peregrina todavía en la tierra hacia sus destinos definitivos y eternos. El dice: 'Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos'. Cada una de las ocho bienaventuranzas tiene una estructura parecida a ésta. Con el mismo espíritu, Jesús llama 'bienaventurado' al criado, cuyo amo 'lo encuentre en vela (es decir, activo), a su regreso' (Cfr. Lc 12, 37). Aquí se puede vislumbrar también la perspectiva escatológica y eterna de la felicidad revelada y anunciada por el Evangelio.

**6**. La bienaventuranza de la pobreza nos remonta al comienzo de la actividad mesiánica de Jesús, cuando, hablando en la sinagoga de Nazaret, dice: 'El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva' (Lc 4,18) . Se trata aquí de los que son pobres no sólo, y no tanto, en sentido económico) social (de 'clase'), sino de los que están espiritualmente abiertos a acoger la verdad y la gracia, que provienen del Padre, como don de su amor, don gratuito ('gratis' dato), porque, interiormente, se sienten libres del apego a los bienes de la tierra y dispuestos a usarlos y compartirlos según las exigencias de la justicia y de la caridad. Por esta condición de los pobres según Dios (anawim), Jesús 'da gracias al Padre', ya que 'ha escondido estas cosas (= las grandes cosas de Dios) a los sabios y entendidos y se las ha revelado a la gente sencilla' (Cfr. Lc 10, 21). Pero esto no significa que Jesús aleja de Sí a las personas que se encuentran en mejor situación económica, como el publicanos Zaqueo que había subido a un árbol para verlo pasar (Cfr. Lc 19, 2)9), o aquellos otros amigos de Jesús, cuyos nombres no nos transmiten los Evangelios. Según las palabras de Jesús son 'bienaventurados' los 'pobres de espíritu' (Cfr. Mt 5, 31) y 'quienes oyen la palabra de Dios y la guardan' (Lc 11 23).

**7**. Otra característica de la predicación de Jesús es que El intenta transmitir el mensaje a sus oyentes de manera adecuada a su mentalidad y cultura. Habiendo crecido y vivido entre ellos en los años de su vida oculta en Nazaret (cuando 'progresaba en sabiduría': Lc 2, 52), conocía la mentalidad, la cultura y la tradición de su pueblo, en la herencia del Antiguo Testamento.

**8**. Precisamente por esto, muy a menudo da a las verdades que anuncia la forma de parábolas, como nos resulta de los textos evangélicos, por ejemplo, de Mateo: 'Todo esto dijo Jesús en parábolas a la gente, y nada les hablaba sin parábolas, para que se cumpliese el oráculo del profeta: !Abriré en parábolas mi boca, publicaré lo que estaba oculto desde la creación del mundo (Sal 77,2)' (Mt 13, 34-35).

Ciertamente, el discurso en parábolas, al hacer referencia a los hechos y cuestiones de la vida diaria que estaban al alcance de todos, conseguía conectar más fácilmente con un auditorio generalmente poco instruido (Cfr. S.Th. III, q 42. a. 2). Y, sin embargo, 'el misterio del reino de Dios', escondido en las parábolas, necesitaba de explicaciones particulares, requeridas, a veces, por los Apóstoles mismos (por ejemplo, cfr. Mc 4, 11-12). Una comprensión adecuada de éstas no se podía obtener sin a ayuda de la luz interior que proviene del Espíritu Santo. Y Jesús prometía y daba esta luz.

**9**. Debemos hacer notar todavía una tercera característica de la predicación de Jesús, puesta de relieve en la Exhortacion Apostólica 'Evangelii nuntiandi', publicada por Pablo VI después del Sínodo de 1974, con relación al tema de la evangelización En esta Exhortación leemos: 'Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y más grande evangelizador. Lo ha sido hasta el final: hasta la perfección, hasta el sacrificio de su existencia terrena' (n. 7).

Si, Jesús no sólo anunciaba el Evangelio, sino que El mismo era el Evangelio. Los que creyeron en El siguieron la palabra de su predicación, pero mucho más a aquel que la predicaba. Siguieron a Jesús porque El ofrecía 'palabras de vida', como confesó Pedro después del discurso que tuvo el Maestro en la sinagoga de Cafarnaún: 'Señor, ¿donde (a quién) vamos a ir? Tú tienes palabras de vida eterna' (Jn 6, 68). Esta identificación de la palabra y la vida, del predicador y el Evangelio predicado, se realizaba de manera perfecta sólo en Jesús. He aquí la razón por la que también nosotros creemos y lo seguimos, cuando se nos manifiesta como el 'único Maestro' (Cfr. Mt 23, 8.10).

**La Buena Nueva del Reino de Dios (27.IV.88)**

**1**. 'El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios está cerca; convertíos y creed en la Buena Nueva' (Mc 1, 15). Jesucristo fue enviado por el Padre 'para anunciar a los pobres la Buena Nueva' (Lc 4, 18). Fue (y sigue siendo) el primer Mensajero del Padre, el primer Evangelizador, como decíamos ya en la catequesis anterior con las mismas palabras que Pablo VI emplea en la Evangelii Nuntiandi. Es más, Jesús no es sólo el anunciador del Evangelio, de la Buena Nueva, sino que El mismo es el Evangelio (Cfr. Evangelii Nuntiandi, 7).

Efectivamente, en todo el conjunto de su misión, por medio de todo lo que hace y enseña y, finalmente, mediante la cruz y resurrección, 'manifiesta plenamente el hombre al propio hombre' (Cfr. Gaudium et Spes, 22), y le descubre las perspectivas de aquella felicidad a la que Dios lo ha llamado y destinado desde el principio. El mensaje de las bienaventuranzas resume el programa de vida propuesto a quien quiere seguir la llamada divina; es la síntesis de todo el 'éthos' evangélico vinculado al misterio de la redención.

**2**. La misión de Cristo consiste, ante todo, en la revelación de la Buena Nueva (Evangelio) dirigida al hombre. Tiene como objeto, por tanto, el hombre, se puede decir que es 'antropocéntrica'; pero al mismo tiempo, está profundamente enraizado en la verdad del reino de Dios, en el anuncio de su venida y de su cercanía: 'El reino de Dios está cerca creed en la Buena Nueva' (Mc 1, 15).

Este es, pues, 'el Evangelio del reino', cuya referencia al hombre, visible en toda la misión de Cristo, está enraizada en una dimensión 'teocéntrica', que se llama precisamente reino de Dios. Jesús anuncia el Evangelio de este reino, y, al mismo tiempo, realiza el reino de Dios a lo largo de todo el desarrollo de su misión, por medio de la cual el reino nace y se desarrolla ya en el tiempo, como germen inserto en la historia del hombre y del mundo. Esta realización del reino tiene lugar mediante la palabra del Evangelio y mediante toda la vida terrena del Hijo del hombre, coronada en el misterio pascual con la cruz y la resurrección. Efectivamente, con su 'obediencia hasta la muerte' (Cfr. Fil 2, 8), Jesús dio comienzo a una nueva fase de la economía de la salvación, cuyo proceso se concluirá cuando Dios sea 'todo en todos' (1 Cor 15, 28), de manera que el reino de Dios ha comenzado verdaderamente a realizarse en la historia del hombre y del mundo, aunque en el curso terreno de la vida humana nos encontremos y choquemos continuamente con aquel otro término fundamental de la dialéctica histórica: la 'desobediencia del primer Adán', que sometió su espíritu al 'principe de este mundo' (Cfr. Rom 5, 19, Jn 14, 30).

**3**. Tocamos aquí el punto central )y casi el punto crítico) de la realización de la misión de Cristo, Hijo de Dios, en la historia: cuestión ésta sobre la que será necesario volver en una etapa sucesiva de nuestra catequesis. Si en Cristo el reino de Dios 'está cerca' )es más, está presente) de manera definitiva en la historia del hombre y del mundo, al mismo tiempo, su cumplimiento sigue perteneciendo al futuro. Por ello, Jesús nos manda que, en nuestra oración, digamos al Padre, 'venga tu reino' (Mt 6, 10).

**4**. Esta cuestión hay que tenerla bien presente a la hora de ocuparnos del Evangelio de Cristo como 'Buena Nueva' del reino de Dios. Este era el tema 'guía' del anuncio de Jesús cuando hablaba del reino de Dios, sobre todo, en sus numerosas parábolas. Particularmente significativa es la que nos presenta el reino de Dios parecido a la semilla que siembra el sembrador de la tierra. (Cfr. Mt 13, 3-9). La semilla está destinada 'a dar fruto', por su propia virtualidad interior, sin duda alguna, pero el fruto depende también de la tierra en la que cae (Cfr. Mt 13, 19-23)

**5**. En otra ocasión Jesús compara el reino de Dios (el 'reino de los cielos', según Mateo) con un grano de mostaza, que 'es la más pequeña de todas las semillas', pero que, una vez crecida, se convierte en un árbol tan frondoso que los pájaros pueden anidar en las ramas (Cfr. Mt 13, 31)32). Y compara también el crecimiento del reino de Dios con la 'levadura' que hace fermentar la masa para que se transforme en pan que sirva de alimento a los hombres (Mt 13, 35). Sin embargo, Jesús dedica todavía una parábola al problema del crecimiento del reino de Dios en el terreno que es este mundo. Se trata de la parábola del trigo y la cizaña, que el 'enemigo' esparce en el campo sembrado de semilla buena (Mt 13, 24-30): así, en el campo del mundo, el bien y el mal, simbolizados en el trigo y la cizaña. crecen juntos 'hasta la hora de la siega)' (es decir, hasta el día del juicio divino), otra alusión significativa a la perspectiva escatológica de la historia humana. En cualquier caso, Jesús nos hace saber que el crecimiento de la semilla, que es la 'Palabra de Dios', está condicionada por el modo en que es acogida en el campo de los corazones humanos: de esto depende que produzca fruto dando 'uno ciento, otro sesenta, otro treinta' (Mt 13, 23), según las disposiciones y respuestas de aquellos que la reciben.

**6**. En su anuncio del reino de Dios, Jesús nos hace saber también que este reino no está destinado a una sola nación, o únicamente al 'pueblo elegido', porque vendrán 'de Oriente y Occidente' para 'sentarse a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob' (Cfr. Mt 8, 11 ). Esto significa, en efecto, que no se trata de un reino en sentido temporal y político. No es un reino 'de este mundo' (Cfr. Jn 18, 36), aunque aparezca insertado, y en él deba desarrollarse y crecer. Por esta razón se aleja Jesús de la muchedumbre que quería hacerlo rey y ('Dándose cuenta Jesús de que Intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerlo rey huyó de nuevo al monte El solo': Jn 6, 15). Y, poco antes de su pasión, estando en el Cenáculo, Jesús pide al Padre que conceda a los discípulos vivir según esa misma concepción del reino de Dios: 'No te pido que los retires del mundo, sino que los guardes del Maligno. Ellos no son del mundo, como yo no soy del mundo' (Jn 17, 15)16). Y mas aún: según la enseñanza y la oración de Jesús, el reino de Dios debe crecer en los corazones de los discípulos 'en este mundo'; sin embargo, llegará a su cumplimiento en el mundo futuro: !cuando el Hijo del hombre venga en su gloria.. Serán congregadas delante de El todas las naciones!' (Mt 25, 31-32). ¡Siempre en una perspectiva escatológica!

**7**. Podemos completar la noción del reino de Dios anunciado por Jesús, subrayando que es el reino del Padre, a quien Jesús nos enseña a dirigirnos con la oración para obtener su llegada: 'Venga tu reino' (Mt 6, 10; Lc 11, 2). A su vez, el Padre celestial ofrece a los hombres, mediante Cristo y en Cristo, el perdón de sus pecados y la salvación, y, lleno de amor, espera su regreso, como el padre de la parábola esperaba el regreso del hijo pródigo (Cfr. Lc 13,20-32) porque Dios es verdaderamente 'rico en misericordia' (Ef. 2, 4).

Bajo esta luz se coloca todo el Evangelio de la conversión que, desde el comienzo, anunció Jesús: 'convertíos y creed en la Buena Nueva' (Mc 1, 15). La conversión al Padre, al Dios que 'es amor' (Jn 4, 16), va unida a la aceptación del amor como mandamiento (nuevo): amor a Dios, 'el mayor y el primer mandamiento' (Mt 22, 3S) y amor al prójimo, 'semejante al primero' (Mt 22, 39). Jesús dice: 'Os doy un mandamiento nuevo: que os améis los unos a los otros'. 'Que como yo os he amado, así os améis también vosotros los unos a los otros' (Jn 13, 34). Y nos encontramos aquí con la esencia del 'reino de Dios' en el hombre y en la historia. Así, la ley entera (es decir, el patrimonio ético de la antigua Alianza) debe cumplirse, debe alcanzar su plenitud divino-humana. El mismo Jesús lo declara en el sermón de la montaña: 'No penséis que he venido a abolir la Ley y los Profetas. No he venido a abolir sino a dar cumplimiento' (Mt 5, 17).

En todo caso, El libra al hombre de la 'letra de la ley', para hacerle penetrar en su espíritu, puesto que como dice San Pablo, 'la letra (sola) mata', mientras que 'el Espíritu da la vida' (Cfr. 2 Cor 3, 6). El amor fraterno, como reflejo y participación del amor de Dios, es, pues, el principio animador de la Nueva Ley, que es como la base constitucional del reino de Dios (Cfr. S.Th. I-II, q. 106, a. l; q. 107. aa. 1,2).

**8**. Entre las parábolas, con las que Jesús reviste de comparaciones y alegorías su predicación sobre el reino de Dios, se encuentra también la de un rey 'que celebró el banquete de bodas de su hijo' (Mt 22, 2). La parábola narra que muchos de los que fueron invitados primero no acudieron al banquete buscando distintas excusas y pretextos para ello y que, entonces, el rey mandó llamar a otra gente, de los 'cruces de los caminos', para que se sentaran a su mesa Pero, entre los que llegaron, no todos se mostraron dignos de aquella invitación por no llevar el 'vestido nupcial' requerido.

Esta parábola del banquete, comparada con la del sembrador y la semilla, nos hace llegar a la misma conclusión: si no todos los invitados se sentarán a la mesa del banquete, ni todas las semillas producirán la mies, ello depende de las disposiciones con las que se responde a la invitación o se, recibe en el corazón la semilla de la Palabra de Dios. Depende del modo con que se acoge a Cristo, que es el sembrador, y también el hijo del rey y el esposo, como El mismo se presenta en distintas ocasiones: '¿Pueden ayunar los invitados a las bodas cuando el esposo está todavía con ellos?' (Mc 2, 19), preguntó una vez a quien lo interrogaba, aludiendo a la severidad de Juan el Bautista Y El mismo dio la respuesta: 'Mientras el esposo está con ellos no pueden ayunar' (Mc 2, 19).

Así, pues, el reino de Dios es corno una fiesta de bodas a la que el Padre del cielo invita a los hombres en comunión de amor y de alegría con su Hijo. Todos están llamados e invitados: Pero cada uno es responsable de la propia adhesión o del propio rechazo, de la propia conformidad o disconformidad con la ley que reglamenta el banquete.

**9**. Esta es la ley del amor: se deriva de la gracia divina en el hombre que la acoge y la conserva, participando vitalmente en el misterio pascual de Cristo. Es un amor que se realiza en la historia, no obstante cualquier rechazo por parte de los invitados, sin importar su indignidad. Al cristiano le sonríe la esperanza de que el amor se realice también en todos los 'invitados': precisamente porque la 'medida' pascual de ese amor esponsal es la cruz, su perspectiva escatológica ha quedado abierta en la historia con al resurrección de Cristo. Por El el Padre 'nos ha librado del poder de las tinieblas y nos ha llevado al reino de su Hijo querido' (Cfr. Col 1, 13). Si acogemos la llamada y secundamos a atracción del Padre, en Cristo 'tenemos todos la redención' y la vida eterna

**Dar testimonio de la verdad (4.V.88)**

**1**. 'Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad' (Jn 18, 37). Cuando Pilato, durante el proceso, preguntó a Jesús si El era rey, la primera respuesta que oyó fue: 'Mi reino no es de este mundo' Y cuando el gobernador insiste y e pregunta de nuevo: '¿Luego tú eres Rey?', recibe esta respuesta: 'Sí, como dices, soy Rey' (Cfr. Jn 18, 33 37). Este diálogo judicial, que refiere el Evangelio de Juan, nos permite empalmar con la catequesis precedente, cuyo tema era el mensaje de Cristo sobre el reino de Dios. Abre, al mismo tiempo, a nuestro espíritu una nueva dimensión o un nuevo aspecto de la misión de Cristo, indicado por estas palabras: 'Dar testimonio de la verdad'. Cristo es Rey y 'ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad'. El mismo lo afirma; y añade: 'Todo el que es de la verdad, escucha mi voz' (Jn 18, 37).

Esta respuesta desvela ante nuestros ojos horizontes nuevos, tanto sobre la misión de Cristo, como sobre la vocación del hombre. Particularmente, sobre el enraizamiento de la vocación del hombre en Cristo.

**2**. A través de las palabras que dirige a Pilato, Jesús pone de relieve lo que es esencial en toda su predicación. Al mismo tiempo, anticipa, en cierto modo, lo que construirá siempre el elocuente mensaje incluido en el acontecimiento pascual, es decir, en su cruz y resurrección.

Hablando de la predicación de Jesús, incluso sus opositores expresaban, a su modo, su significado fundamental, cuando le decían: 'Maestro, sabemos que eres veraz, que enseñas con franqueza el camino de Dios' (Mc 12, 14). Jesús era, pues, el maestro en el 'camino de Dios': expresión de hondas raíces bíblicas y extrabíblicas para designar una doctrina religiosa y salvífica. En lo que se refiere a los oyentes de Jesús, sabemos, por el testimonio de los Evangelistas, que éstos estaban impresionados por otro aspecto de su predicación: 'Quedaban asombrados de su doctrina, porque Él enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas' (Mc 1, 22). 'Hablaba con autoridad' (Lc 4, 32) Esta competencia y autoridad estaban constituidas, sobre todo, por la fuerza de la verdad contenida en la predicación de Cristo. Los oyentes, los discípulos, lo llamaban 'Maestro', no tanto en el sentido de que conociese la Ley y los Profetas y los comentase con agudeza, como hacían los escribas. El motivo era mucho más profundo: El 'hablaba con autoridad', y ésta era la autoridad de la verdad, cuya fuente es el mismo Dios. El propio Jesús decía: 'Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado' (Jn 7, 16)

**3**. En este sentido )que incluye la referencia a Dios), Jesús era Maestro. 'Vosotros me llamáis !el Maestro! y !el Señor!, y decís bien, porque lo soy' (Jn 13, 13). Era Maestro de la verdad que es Dios. De esta verdad dio El testimonio hasta el final, con a autoridad que provenía de lo alto: podemos decir, con la autoridad de uno que es 'rey' en la esfera de la verdad.

En las catequesis anteriores hemos llamado ya a atención sobre el sermón de la montaña, en el cual Jesús se revea a Sí mismo como Aquel que ha venido no 'para abolir la Ley y los Profetas', sino 'para darles cumplimiento'. Este 'cumplimiento' de la Ley era obra de realeza y 'autoridad': la realeza y a autoridad de la Verdad, que decide sobre la ley, sobre su fuente divina, sobre su manifestación progresiva en el mundo.

**4**. El sermón de la montaña deja traslucir esta autoridad, con la cual Jesús trata de cumplir su misión. He aquí algunos pasajes significativos: 'Habéis oído que se dijo a los antepasados: no matarás pues yo os digo'. 'Habéis oído que se dijo: !no cometerás adulterio!. Pues yo os digo'. ' Se dijo.. !no perjurarás!. Pues yo os digo'. Y después de cada 'yo os digo', hay una exposición, hecha con autoridad, de la verdad sobre la conducta humana, contenida en cada uno de los mandamientos de Dios. Jesús no comenta de manera humana, como los escribas, los textos bíblicos del Antiguo Testamento, sino que habla con a autoridad propia del Legislador: la autoridad de instituir la Ley, la realeza. Es, al mismo tiempo, a autoridad de la verdad, gracias a la cual la nueva Ley llega a ser para el hombre principio vinculante de su conducta.

**5**. Cuando Jesús en el sermón de la montaña pronuncia varias veces aquellas palabras: 'Pues yo os digo', en su lenguaje se encuentra el eco, el reflejo de los textos de la tradición bíblica, que, con frecuencia, repiten: 'Así dice el Señor, Dios de Israel' (2 Sm 12, 7). 'Jacob.. Así dice el Señor que te ha hecho' (Is 44, 1-2). 'Así dice el Señor que os ha rescatado, el Santo de Israel' (Is 43, 14). Y, aún más directamente, Jesús hace suya la referencia a Dios, que se encuentra siempre en los labios de Moisés cuando da la Ley (la Ley 'antigua') a Israel. Mucho más fuerte que la de Moisés es la autoridad que se atribuye Jesús al dar 'cumplimiento a la Ley y a los Profetas', en virtud de la misión recibida de lo alto: no en el Sinaí, sino en el misterio excelso de su relación con el Padre.

**6**. Jesús tiene una conciencia clara de esta misión, sostenida por el poder de la verdad que brota de su misma fuente divina. Hay una estrecha relación entre la respuesta a Pilato: 'He venido al mundo para dar testimonio de la verdad' (Jn 18, 37), y su declaración delante de sus oyentes: 'Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado' (Jn 7, 16) El hilo conductor y unificador de ésta y otras afirmaciones de Jesús sobre la 'autoridad de la verdad' con que El enseña, está en la conciencia que tiene de la misión recibida de lo alto.

**7**. Jesús tiene conciencia de que, en su doctrina, se manifiesta a los hombres la Sabiduría eterna. Por esto reprende a los que la rechazan, no dudando en evocar a la 'reina del Sur', la 'reina de Saba', que vino 'para oír la sabiduría de Salomón', y afirmando inmediatamente: 'Y aquí hay algo más que Salomón' (Mt 12, 42),

Sabe también, y lo proclama abiertamente, que las palabras que proceden de esa Sabiduría divina 'no pasarán': 'EL cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán' (Mc 13, 31). En efecto, éstas contienen la fuerza de la verdad, que es indestructible y eterna. Son, pues, 'palabras de vida eterna', como confesó el Apóstol Pedro en un momento crítico, cuando muchos de los que se habían reunido para oír a Jesús empezaron a marcharse, porque no lograban entender y no querían aceptar aquellas palabras que preanunciaban el misterio de la Eucaristía (Cfr. Jn 6, 66),

**8**. Se toca aquí el problema de la libertad del hombre, que puede aceptar o rechazar la verdad eterna contenida en la doctrina de Cristo, válida ciertamente, para dar a los hombres de todos los tiempos (y, por tanto, también a los hombres de nuestro tiempo) una respuesta adecuada a su vocación, que es una vocación con apertura eterna. Frente a este problema, que tiene una dimensión teológica, pero también antropológica (el modo como el hombre reacciona y se comporta ante una propuesta de verdad), será suficiente, por ahora, recurrir a lo que dice el Concilio Vaticano II especialmente con relación a la sensibilidad particular de los hombres de hoy. El Concilio afirma, en primer lugar, que 'todos los hombres están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo referente a Dios y a su Iglesia'; pero dice también que 'la verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad, que penetra suave y a la vez fuertemente en las almas' (Dignitatis humanae, 1). El Concilio recuerda, además, el deber que tienen los hombres de 'adherirse a la verdad conocida y ordenar toda su vida según las exigencias de la verdad'. Después añade: 'Pero los hombres no pueden satisfacer esta obligación de forma adecuada a su propia naturaleza si no gozan de libertad psicológica, al mismo tiempo que de inmunidad de coacción externa (Ib., 2).

**9**. He aquí la misión de Cristo como maestro de verdad eterna . El Concilio, después de recordar que 'Dios llama ciertamente a los hombres a servirle en espíritu y en verdad Porque Dios tiene en cuenta la dignidad de la persona humana, que El mismo ha creado', añade que 'esto se hizo patente sobre todo en Cristo Jesús, en quien Dios se manifestó perfectamente a Sí mismo y descubrió sus caminos. En efecto, Cristo, que es Maestro y Señor nuestro, manso y humilde de corazón, atrajo e invitó pacientemente a los discípulos. Cierto que apoyó y confirmó su predicación con milagros para excitar y robustecer la fe de los oyentes, pero no para ejercer coacción sobre ellos'.

Y, por último, relaciona esta dimensión de la doctrina de Cristo con el misterio pascual: 'Finalmente, al completar en la cruz la obra de la redención, con la que adquiría para los hombres la salvación y la verdadera libertad, concluyó su revelación. Dio, en efecto, testimonio de la verdad, pero no quiso imponerla por la fuerza a los que le contradecían. Porque su reino no se defiende a golpes, sino que se establece dando testimonio de la verdad y prestándole oído, y crece por el amor con que Cristo, levantado en la cruz, atrae a los hombres a si mismo' (Ib., 11).

Podemos, pues, concluir ya desde ahora que quien busca sinceramente la verdad encontrará bastante fácilmente en el magisterio de Cristo crucificado la solución, incluso del problema de la libertad.

**Cristo revela al Padre (1.VI.88)**

**1**. 'Muchas veces y de muchos modos habló Dios en el pasado a nuestros padres por medio de los Profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo...' (Heb 1, 1 ss.). Con estas palabras, bien conocidas por los fieles, gracias a la liturgia navideña, el autor de la Carta a los Hebreos habla de la misión de Jesucristo, presentándola sobre el fondo de la historia de la Antigua Alianza. Hay, por un lado, una continuidad entre la misión de los Profetas y la misión de Cristo; por otro lado, sin embargo, salta enseguida a la vista una clara diferencia. Jesús no es sólo el último o el más grande entre los Profetas: el Profeta escatológico como era llamado y esperado por algunos. Se distingue de modo esencial de todos los antiguos Profetas y supera infinitamente el nivel de su personalidad y de su misión. El es el Hijo del Padre, el Verbo-Hijo, consubstancial al Padre.

**2**. Esta es la verdad clave para comprender la misión de Cristo. Si El ha sido enviado para anunciar la Buena Nueva del Evangelio a los pobres, si junto con El 'ha llegado a nosotros' el reino de Dios, entrando de modo definitivo en la historia del hombre, si Cristo es el que da testimonio de la verdad contenida en la misma fuente divina, como hemos visto en las catequesis anteriores, podemos ahora extraer del texto de la Carta a los Hebreos que acabamos de mencionar, la verdad que unifica todos los aspectos de la misión de Cristo: Jesús revea a Dios del modo más auténtico, porque está fundado en la única fuente absolutamente segura e indudable: la esencia misma de Dios. El testimonio de Cristo tiene, así, el valor de la verdad absoluta.

**3**. En el Evangelio de Juan encontramos la misma afirmación de la Carta a los Hebreos, expresada de modo más conciso. Leemos al final del prólogo: 'A Dios nadie le ha visto jamas. El Hijo único que está en el seno del Padre, él lo ha contado' (Jn 1, 18).

En esto consiste la diferencia esencial entre la revelación de Dios que se encuentra en los Profetas y en todo el Antiguo Testamento y la que trae Cristo, que dice de Sí mismo: 'Aquí hay algo más que Jonás' (Mt 12, 41). Para hablar de Dios está aquí Dios mismo, hecho hombre: 'El Verbo se hizo carne' (Cfr. Jn 1, 14). Aquel Verbo que 'está en el seno del Padre' (Jn 1, '8) se convierte en 'la luz verdadera' (Jn 1, 9), 'la luz del mundo' (Jn 8, 12). El mismo dice de Sí: 'Yo soy el camino, la verdad y la vida' (Jn 14, 6).

**4**. Cristo conoce a Dios como el Hijo que conoce al Padre y, al mismo tiempo, es conocido por El: 'Como me conoce al Padre (ginoskei) y yo conozco a mi Padre....', leemos en el Evangelio de Juan (Jn 10, 15), y casi idénticamente en los Sinópticos: 'Nadie conoce bien al Hijo (epiginoskei) sino el Padre, ni al Padre le conoce bien nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar' (Mt 11, 27).

Por tanto, Cristo, el Hijo, que conoce al Padre, revela al Padre. Y, al mismo tiempo el Hijo es revelado por el Padre. Jesús mismo, después de la confesión de Cesarea de Filipo, lo hace notar a Pedro, quien lo reconoce corno 'el Cristo, el Hijo de Dios vivo' (Mt 16, 16). 'No te lo ha revelado esto la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos' (Mt 16, 17).

**5**. Si la misión esencial de Cristo es revelar al Padre, que es 'nuestro Dios' (Cfr. Jn 20, 17) al propio tiempo El mismo es revelado por el Padre como Hijo. Este Hijo 'siendo una sola cosa con el Padre' (Cfr. Jn 10, 30), puede decir: 'El que me ha visto a mí, ha visto al Padre' (Jn 14, 9). En Cristo, Dios se ha hecho 'visible': en Cristo se hace realidad la 'visibilidad' de Dios. Lo ha dicho concisamente San Ireneo: 'La realidad invisible del Hijo era el Padre y la realidad visible del Padre era el Hijo' (Adv. haer., IV, 6, 6).

Así, pues, en Jesucristo, se realiza a autorrevelación de Dios en toda su plenitud. En el momento oportuno se revelará luego el Espíritu que procede del Padre (Cfr. Jn 15, 26), y que el Padre enviará en el nombre del Hijo (Cfr. Jn 14, 26)

**6**. A la luz de estos misterios de la Trinidad y de la Encarnación, alcanza su justo significado la bienaventuranza proclamada por Jesús a sus discípulos: '¡Dichosos los ojos que ven lo que veis! Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, pero no lo vieron, y oír lo que vosotros oís, pero no lo oyeron' (Lc 10, 23-24).

Casi un vivo eco de estas palabras del Maestro parece resonar en la primera Carta de Juan: 'Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplaron y tocaron nuestras manos acerca de la Palabra de vida (pues la Vida se manifestó, y nosotros la hemos visto y damos testimonio y os anunciarnos la Vida eterna...), lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros' (1 Jn 1,1)3). En el prólogo de su Evangelio, el mismo Apóstol escribe: '... y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad' (Jn 1,14).

**7**. Con referencia a esta verdad fundamental de nuestra fe, el Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Divina Revelación, dice: 'La verdad profunda de Dios y de la salvación del hombre, que transmite dicha revelación, resplandece en Cristo, mediador y plenitud de toda revelación' (Dei Verbum, 2). Aquí tenemos toda la dimensión de Cristo-Revelación de Dios, porque esta revelación de Dios es al propio tiempo la revelación de la economía salvífica de Dios con respecto al hombre y al mundo. En ella, como dice San Pablo a propósito de la predicación de los Apóstoles, se trata de 'esclarecer cómo se ha dispensado el misterio escondido desde siglos en Dios, creador de todas las cosas' (Ef 3, 9). Es el misterio del plan de la salvación que Dios ha concebido desde la eternidad en la intimidad de la vida trinitaria, en la cual ha contemplado, querido, creado y 're-creado' las cosas del cielo y de la tierra, vinculándolas a la Encarnación y, por eso, a Cristo.

**8**. Recurramos una vez más al Concilio Vaticano II, donde leemos: 'Jesucristo, Palabra hecha carne, !hombre enviado a los hombres!, !habla las palabras de Dios! (Jn 3, 34) y realiza la obra de la salvación que el Padre le encargó (Cfr. Jn 5, 36; 17, 4)...', El, 'con su presencia y manifestaciones, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa Resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación y la confirma con testimonio divino, a saber: que Dios está con nosotros para librarnos de las tinieblas del pecado y de la muerte y para hacernos resucitar a una vida eterna.

'La economía cristiana, por ser a alianza nueva y definitiva, nunca pasará; ni hay que esperar otra revelación pública antes de la gloriosa manifestación de Jesucristo, nuestro Señor (Cfr. 1 Tim 6, 14 y Tit 2, 13)' (Dei Verbum, 4).

**Misión de Jesucristo (desde el Padre) (8.VI.88)**

**1**. Leemos en la Constitución 'Lumen Gentium' del Concilio Vaticano II, respecto a la misión terrena de Jesucristo: 'Vino, por tanto, el Hijo enviado por el Padre, quien nos eligió en El antes de la creación del mundo y nos predestinó a ser hijos adoptivos, porque se complació en restaurar en El todas

las cosas (Cfr. Ef 1, 4)5 y 10). Así, pues, Cristo, en cumplimiento de la voluntad del Padre inauguro en la tierra el reino de los cielos, nos reveló su misterio y con su obediencia realizó la redención' (Lumen Gentium, 3).

Este texto nos permite considerar de modo sintético todo lo que hemos hablado en las últimas catequesis. En ellas, hemos tratado de poner de relieve los aspectos esenciales de la misión mesiánica de Cristo. Ahora el texto conciliar nos propone de nuevo la verdad sobre la estrecha y profunda conexión que existe entre esta misión y el mismo Enviado: Cristo que, en su cumplimiento, manifiesta sus disposiciones y dotes personales. Se pueden subrayar ciertamente en toda la conducta de Jesús algunas características fundamentales, que tienen también expresión en su predicación y sirven para dar una plena credibilidad a su misión mesiánica.

**2**. Jesús en su predicación y en su conducta muestra, ante todo, su profunda unión con el Padre en el pensamiento y en las palabras. Lo que quiere transmitir a sus oyentes (y a toda la humanidad) proviene del Padre, que lo ha 'enviado al mundo' (Jn 10, 36). 'Porque yo no he hablado por mi cuenta, sino que el Padre que me ha enviado, me ha mandado lo que tengo que decir y hablar, y yo sé que su mandato es vida eterna. Por eso, lo que yo hablo, lo hablo como el Padre me lo ha dicho a mí' (Jn 12, 49-5O). 'Lo que el Padre me ha enseñado eso es lo que hablo' (Jn 8, 28). Así leemos en el Evangelio de Juan. Pero también en los Sinópticos se transmite una expresión análoga pronunciada por Jesús: 'Todo me ha sido entregado por mi Padre' (Mt 11, 27). Y con este 'todo', Jesús se refiere expresamente al contenido de la Revelación traída por El a los hombres (Cfr. Mt 11, 25)27; análogamente Lc 10, 21-22). En estas palabras de Jesús encontramos la manifestación del Espíritu con el cual realiza su predicación. El es y permanece como 'el testigo fiel' (Ap 1, 5). En este testimonio se incluye y resalta esa especial 'obediencia' del Hijo al Padre, que en el momento culminante se demostrará como 'obediencia hasta la muerte' (Cfr. Flp 2, 8).

**3**. En la predicación, Jesús demuestra que su fidelidad absoluta al Padre, como fuente primera y última de 'todo' lo que debe revelarse, es el fundamento esencial de su veracidad y credibilidad. 'Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado', dice Jesús, y añade: 'El que habla por su cuenta busca su propia gloria, pero el que busca la gloria del que le ha enviado ese es veraz y no hay impostura en él' (Jn 7, 16, 18).

En la boca del Hijo de Dios pueden sorprender estas palabras. Las pronuncia el que es 'de la misma naturaleza que el Padre'. Pero no podernos olvidar que El habla también como hombre. Tiene que lograr que sus oyentes no tengan duda alguna sobre un punto fundamental, esto es: que la verdad que el transmite es divina y procede de Dios. Tiene que lograr que los hombres, al escucharle, encuentren en su palabra el acceso a la misma fuente divina de la verdad revelada. Que no se detengan en quien la enseña, sino que se dejen fascinar por la 'originalidad' y por el 'carácter extraordinario' de lo que en esta doctrina procede del mismo Maestro. El Maestro 'no busca su propia gloria'. Busca sólo y exclusivamente 'la gloria del que le ha enviado'. No habla 'en nombre propio', sino en nombre del Padre.

También es éste un aspecto del 'despojo' (kénosis), que según San Pablo (Cfr. Flp 2, 7), alcanzara su culminación en el misterio de la cruz.

**4**. Cristo es el 'testigo fiel'. Esta fidelidad )en la búsqueda exclusiva de la gloria del Padre, no de la propia) brota del amor que pretende probar: 'Ha de saber el mundo que amo al Padre' (Jn 14, 31). Pero su revelación del amor al Padre incluye también su amor a los hombres. El 'pasa haciendo el bien' (Cfr. Hech 10, 38). Toda su misión terrena esta colmada de actos amor de hacia los más pequeños y necesitados. 'Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados y yo os daré descanso' (Mt 11, 28). 'Venid': es una invitación que supera el círculo de los coetáneos que Jesús podía encontrarse en los días de su vida y de su sufrimiento sobre la tierra: es una llamada para los pobres de todos los tiempos, siempre actual, también hoy, siempre volviendo a brotar en los labios y en el corazón de la Iglesia.

**5**. Paralela a esta exhortación hay otra: 'Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas' (Mt 11, 29). La mansedumbre y humildad de Jesús llegan a ser atractivas para quien es llamado a acceder a su escuela: 'Aprended de mí'. Jesús es 'el testigo fiel' del amor que Dios nutre para con el hombre. En su testimonio están asociados la verdad divina y el amor divino. Por eso, entre la palabra y a acción, entre lo que El hace y lo que El enseña hay una profunda cohesión, se diría que casi una homogeneidad. Jesús no sólo enseña el amor como el mandamiento supremo, sino que el mismo lo cumple del modo más perfecto. No solo proclama las bienaventuranzas en el sermón de la montaña, sino que ofrece en Sí mismo la encarnación de este sermón durante toda su vida. No sólo plantea la exigencia de amar a los enemigos, sino que El mismo la cumple, sobre todo en el momento de la crucifixión: 'Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen' (Lc 23, 34).

**6**. Pero esta 'mansedumbre y humildad de corazón' en modo alguno significa debilidad. Al contrario, Jesús es exigente. Su Evangelio es exigente. No ha sido El quien ha advertido: 'El que no toma su cruz y me sigue detrás no es digno de mí'? Y poco después: 'El que encuentre su vida la perderá y el que pierda su vida por mí la encontrará' (Mt 10, 38-39). Es una especie de radicalismo no solo en el lenguaje evangélico, sino en las exigencias reales del seguimiento de Cristo, de los que no duda en reafirmar con frecuencia toda su amplitud: 'No penséis que he venido a traer paz a la tierra. No he venido a traer paz, sino espada' (Mt 10, 34). Es un modo fuerte de decir que el Evangelio es también una fuente de 'inquietud para el hombre'. Jesús quiere hacernos comprender que el Evangelio es exigente y que exigir quiere decir también agitar las conciencias, no permitir que se recuesten en una falsa 'paz', en la cual se hacen cada vez más insensibles y obtusas, en la medida en que en ellas se vacían de valor las realidades espirituales, perdiendo toda resonancia.

Jesús dirá ante Pilato: 'Para esto he venido al mundo: para dar testimonio de la verdad' (Jn 18, 37). Estas palabras conciernen también a la luz que El proyecta sobre el campo entero de las acciones humanas, borrando la oscuridad de los pensamientos y especialmente de las conciencias para hacer triunfar la verdad en todo hombre. Se trata, pues, de ponerse del lado de la verdad. 'Todo el que es de la verdad escucha mi voz', dirá Jesús (Jn 18, 37). Por ello, Jesús es exigente. No duro o inexorablemente severo; pero fuerte y sin equívocos cuando llama a alguien a vivir en la verdad.

**7**. De este modo, las exigencias del Evangelio de Cristo penetran en el campo de la ley, y de la moral. Aquel que es el 'testigo fiel' (Ap 1, 5) de la verdad divina, de la verdad del Padre, dice desde el comienzo del sermón de la montaña: 'Por tanto, el que traspase uno de estos mandamientos más pequeños y así lo enseñe a los hombres, será el más pequeño en el reino de los cielos' (Mt 5, 19). Al exhortar a la conversión, no duda en reprobar a las mismas ciudades donde la gente rechaza creerlo: 'Ay de ti, Corazaín! Ay de ti, Betsaida!' (Lc 10, 13). Mientras amonesta a todos y cada uno: '... si no os convertís, todos pereceréis' (Lc 13, 3).

**8**. Así, el Evangelio de la mansedumbre y de la humildad va al mismo paso que el Evangelio de las exigencias morales y hasta de las severas amenazas a quienes no quieren convertirse. No hay contradicción entre el uno y el otro. Jesús vive verdad que anuncia y el amor que revela y es éste un amor exigente como la verdad de la deriva. Por lo demás, el amor ha planteado las mayores exigencias a Jesús mismo en la hora de Getsemaní, en la hora del Calvario, en la hora de la cruz. Jesús ha aceptado y secundado estas exigencias hasta el fondo, porque, como nos advierte e! Evangelista, El 'amó hasta el extremo' (Jn 13. 1). Se trata de un amor fiel, por lo cual, el día antes de su muerte, podía decir al Padre: 'Las palabras que tú me diste se las he dado a ellos' (Jn 17, 8).

**9**. Como 'testigo fiel', Jesús ha cumplido la misión recibida del Padre en la profundidad del misterio trinitario. Era una misión eterna, incluida en el pensamiento del Padre que lo engendraba y predestinaba a cumplirla 'en la plenitud de los tiempos' para la salvación del hombre (de todo hombre) y para el bien perfecto de toda la creación. Jesús tenía conciencia de esta misión suya en el centro del plan creador y redentor del Padre; y, por ello, con todo el realismo de la verdad y del amor traídos al mundo, podía decir: 'Cuando sea levantado de la tierra, atraeré a todos hacia mí' (Jn 12, 32).

1. **Cristo en sus misterios: misterios de la vida de Cristo.**

**Leer los artículos del CATECISMO 456 y SS**.-. Lo que sigue son catequesis para completar lo apuntado en clase y la lectura de los artículos del catecismo.

1. -De la infancia: encarnación y nacimiento.
2. -De la vida pública: milagros y enseñanzas.
3. -De la pasión muerte y resurrección. Misterio Pascual.

(tomado del Compendio   
del Catecismo de la Iglesia Católica)

***.- LA VIDA DE JESUCRISTO ES MISTERIO***

**101. - ¿En qué sentido toda la vida de Cristo es Misterio?**

Toda la vida de Cristo es acontecimiento de revelación: lo que es visible en la vida terrena de Jesús conduce a su Misterio invisible, sobre todo al Misterio de su filiación divina: «quien me ve a mí ve al Padre» (Jn 14, 9). Asimismo, aunque la salvación nos viene plenamente con la Cruz y la Resurrección, la vida entera de Cristo es misterio de salvación, porque todo lo que Jesús ha hecho, dicho y sufrido tenía como fin salvar al hombre caído y restablecerlo en su vocación de hijo de Dios. (Catecismo de la Iglesia Católica # 512-521 561-562)

**102. ¿Cuáles han sido las preparaciones históricas a los Misterios de Jesús?**

Ante todo hay una larga esperanza de muchos siglos, que revivimos en la celebración litúrgica del tiempo de Adviento. Además de la oscura espera que ha puesto en el corazón de los paganos, Dios ha preparado la venida de su Hijo mediante la Antigua Alianza, hasta Juan el Bautista, que es el último y el mayor de los Profetas. (Catecismo de la Iglesia Católica # 522-524)

1. ***De la infancia: encarnación y nacimiento.***

**94. ¿Qué significa la expresión «concebido por obra y gracia del Espíritu Santo»?**

Que Jesús fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo significa que la Virgen María concibió al Hijo eterno en su seno por obra del Espíritu Santo y sin la colaboración de varón: «El Espíritu Santo vendrá sobre ti» (Lc 1, 35), le dijo el ángel en la Anunciación. (Catecismo de la Iglesia Católica # 484-486)

**95. «...Nacido de la Virgen María...»¿por qué María es verdaderamente Madre de Dios?**

María es verdaderamente Madre de Dios porque es la madre de Jesús (Jn 2, 1; 19, 25).En efecto, aquél que fue concebido por obra del Espíritu Santo y fue verdaderamente Hijo suyo, es el Hijo eterno de Dios Padre. Es Dios mismo. (Catecismo de la Iglesia Católica # 495 509)

**96. ¿Qué significa «Inmaculada Concepción»?**

Dios eligió gratuitamente a María desde toda la eternidad para que fuese la Madre de su Hijo; para cumplir esta misión fue concebida inmaculada. Esto significa que, por la gracia de Dios y en previsión de los méritos de Jesucristo, María fue preservada del pecado original desde el primer instante de su concepción. (Catecismo de la Iglesia Católica # 487-492 508)

**97. ¿Cómo colabora María al plan divino de la salvación?**

Por la gracia de Dios, María permaneció inmune de todo pecado personal durante toda su existencia. Ella es la «llena de gracia» (Lc 1, 28), la «toda Santa». Y cuando el ángel le anuncia que va a dar a luz «al Hijo del Altísimo» (Lc 1, 32), ella da libremente su consentimiento «por obediencia de la fe» (Rm 1, 5). María se ofrece totalmente a la Persona y a la obra de Jesús, su Hijo, abrazando con toda su alma la voluntad divina de salvación. (Catecismo de la Iglesia Católica # 493-494 508-511)

**98. ¿Qué significa la concepción virginal de Jesús?**

La concepción virginal de Jesús significa que éste fue concebido en el seno de la Virgen María sólo por el poder del Espíritu Santo, sin concurso de varón. Él es Hijo del Padre celestial según la naturaleza divina, e Hijo de María según la naturaleza humana, pero es propiamente Hijo de Dios según las dos naturalezas, al haber en Él una sola Persona, la divina. (Catecismo de la Iglesia Católica # 496-498 503)

**99. ¿En qué sentido María es «siempre Virgen»?**

María es siempre virgen en el sentido de que ella «fue Virgen al concebir a su Hijo, Virgen al parir, Virgen durante el embarazo, Virgen después del parto, Virgen siempre» (San Agustín). Por tanto, cuando los Evangelios hablan de «hermanos y hermanas de Jesús», se refieren a parientes próximos de Jesús, según una expresión empleada en la Sagrada Escritura. (Catecismo de la Iglesia Católica # 499-507 511)

**100. ¿De qué modo la maternidad espiritual de María es universal?**

María tuvo un único Hijo, Jesús, pero en Él su maternidad espiritual se extiende a todos los hombres, que Jesús vino a salvar. Obediente junto a Jesucristo, el nuevo Adán, la Virgen es la nueva Eva, la verdadera madre de los vivientes, que coopera con amor de madre al nacimiento y a la formación de todos en el orden de la gracia. Virgen y Madre, María es la figura de la Iglesia, su más perfecta realización. (Catecismo de la Iglesia Católica # 501-507 511)

**103. ¿Qué nos enseña el Evangelio sobre los Misterios del nacimiento y la infancia de Jesús?**

En el Nacimiento de Jesús, la gloria del cielo se manifiesta en la debilidad de un niño; la circuncisión es signo de su pertenencia al pueblo hebreo y prefiguración de nuestro Bautismo; la Epifanía es la manifestación del Rey-Mesías de Israel a todos los pueblos; durante la presentación en el Templo, en Simeón y Ana se concentra toda la expectación de Israel, que viene al encuentro de su Salvador; la huida a Egipto y la matanza de los inocentes anuncian que toda la vida de Cristo estará bajo el signo de la persecución; su retorno de Egipto recuerda el Éxodo y presenta a Jesús como el nuevo Moisés: Él es el verdadero y definitivo liberador. (Catecismo de la Iglesia Católica # 525-530 563-564)

**104. ¿Qué nos enseña la vida oculta de Jesús en Nazaret?**

Durante la vida oculta en Nazaret, Jesús permanece en el silencio de una existencia ordinaria. Nos permite así entrar en comunión con Él en la santidad de la vida cotidiana, hecha de oración, sencillez, trabajo y amor familiar. La sumisión a María y a José, su padre legal, es imagen de la obediencia filial de Jesús al Padre. María y José, con su fe, acogen el misterio de Jesús, aunque no siempre lo comprendan. (Catecismo de la Iglesia Católica # 533-534 564)

1. ***-De la vida pública: milagros y enseñanzas.***

**105. ¿Por qué Jesús recibe de Juan el «Bautismo de conversión para el perdón de los pecados» (Lc 3, 3)?**

Jesús recibe de Juan el Bautismo de conversión para inaugurar su vida pública y anticipar el «Bautismo» de su Muerte; y aunque no había en Él pecado alguno, Jesús, «el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo» (Jn 1, 29), acepta ser contado entre los pecadores. El Padre lo proclama su «Hijo predilecto» (Mt 3, 17), y el Espíritu viene a posarse sobre Él. El Bautismo de Jesús es la prefiguración de nuestro bautismo. (Catecismo de la Iglesia Católica # 535-537 565)

**106. ¿Qué nos revelan las tentaciones de Jesús en el desierto?**

Las tentaciones de Jesús en el desierto recapitulan la de Adán en el paraíso y las de Israel en el desierto. Satanás tienta a Jesús en su obediencia a la misión que el Padre le ha confiado. Cristo, nuevo Adán, resiste, y su victoria anuncia la de su Pasión, en la que su amor filial dará suprema prueba de obediencia. La Iglesia se une particularmente a este Misterio en el tiempo litúrgico de la Cuaresma. (Catecismo de la Iglesia Católica # 538-540 566)

**107. ¿Quién es invitado a formar parte del Reino de Dios, anunciado y realizado por Jesús?**

Jesús invita a todos los hombres a entrar en el Reino de Dios; aún el peor de los pecadores es llamado a convertirse y aceptar la infinita misericordia del Padre. El Reino pertenece, ya aquí en la tierra, a quienes lo acogen con corazón humilde. A ellos les son revelados los misterios del Reino de Dios. (Catecismo de la Iglesia Católica # 541-546 567)

**108. ¿Por qué Jesús manifiesta el Reino mediante signos y milagros?**

Jesús acompaña su palabra con signos y milagros para atestiguar que el Reino está presente en Él, el Mesías. Si bien cura a algunas personas, Él no ha venido para abolir todos los males de esta tierra, sino ante todo para liberarnos de la esclavitud del pecado. La expulsión de los demonios anuncia que su Cruz se alzará victoriosa sobre «el príncipe de este mundo» (Jn 12, 31). (Catecismo de la Iglesia Católica # 547-550 567)

**109. ¿Qué autoridad confiere Jesús a sus Apóstoles en el Reino?**

Jesús elige a los Doce, futuros testigos de su Resurrección, y los hace partícipes de su misión y de su autoridad para enseñar, absolver los pecados, edificar y gobernar la Iglesia. En este colegio, Pedro recibe «las llaves del Reino» (Mt 16, 19) y ocupa el primer puesto, con la misión de custodiar la fe en su integridad y de confirmar en ella a sus hermanos. (Catecismo de la Iglesia Católica # 551-553 567)

**110. ¿Cuál es el significado de la Transfiguración?**

En la Transfiguración de Jesús aparece ante todo la Trinidad: «el Padre en la voz, el Hijo en el hombre, el Espíritu en la nube luminosa» (Santo Tomás de Aquino). Al evocar, junto a Moisés y Elías, su «partida» (Lc 9, 31), Jesús muestra que su gloria pasa a través de la cruz, y otorga un anticipo de su resurrección y de su gloriosa venida, «que transfigurará este miserable cuerpo nuestro en un cuerpo glorioso como el suyo» (Flp 3, 21). «En el monte te transfiguraste, Cristo Dios, y tus discípulos contemplaron tu gloria, en cuanto podían comprenderla. Así, cuando te viesen crucificado entenderían que padecías libremente y anunciarían al mundo que tú eres en verdad el resplandor del Padre» (Liturgia bizantina). (Catecismo de la Iglesia Católica # 554-556 568)

**111. ¿Cómo tuvo lugar la entrada mesiánica de Jesús en Jerusalén?**

En el tiempo establecido, Jesús decide subir a Jerusalén para sufrir su Pasión, morir y resucitar. Como Rey-Mesías que manifiesta la venida del Reino, entra en la ciudad montado sobre un asno; y es acogido por los pequeños, cuya aclamación es recogida por el Sanctus de la Misa: «¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna! (¡sálvanos!)» (Mt 21, 9).Con la celebración de esta entrada en Jerusalén la liturgia de la Iglesia da inicio cada año a la Semana Santa. (Catecismo de la Iglesia Católica # 557-560 569-570)

***III-De la pasión muerte y resurrección. Misterio Pascual.***

**112. - ¿Por qué es tan importante el Misterio pascual de Jesús?**

El misterio pascual de Jesús, que comprende su Pasión, Muerte, Resurrección y Glorificación, está en el centro de la fe cristiana, porque el designio salvador de Dios se ha cumplido de una vez por todas con la muerte redentora de su Hijo, Jesucristo. (Catecismo de la Iglesia Católica # 571-573)

**113. ¿Bajo qué acusaciones fue condenado Jesús?**

Algunos jefes de Israel acusaron a Jesús de actuar contra la Ley, contra el Templo de Jerusalén y, particularmente, contra la fe en el Dios único, porque se proclamaba Hijo de Dios. Por ello lo entregaron a Pilato para que lo condenase a muerte. (Catecismo de la Iglesia Católica # 574-576)

**114. ¿Cómo se comportó Jesús con la Ley de Israel?**

Jesús no abolió la Ley dada por Dios a Moisés en el Sinaí, sino que la perfeccionó, dándole su interpretación definitiva. Él es el Legislador divino que ejecuta íntegramente esta Ley. Aún más, es el siervo fiel que, con su muerte expiatoria, ofrece el único sacrificio capaz de redimir todas «las transgresiones cometidas por los hombres contra la Primera Alianza» (Hb 9, 15). (Catecismo de la Iglesia Católica # 577-582 592)

**115. ¿Cuál fue la actitud de Jesús hacia el Templo de Jerusalén?**

Jesús fue acusado de hostilidad hacia al Templo. Sin embargo, lo veneró como «la casa de su Padre» (Jn 2, 16), y allí impartió gran parte de sus enseñanzas. Pero también predijo la destrucción del Templo, en relación con su propia muerte, y se presentó a sí mismo como la morada definitiva de Dios en medio de los hombres. (Catecismo de la Iglesia Católica # 583-586 593)

**116. ¿Contradijo Jesús la fe de Israel en el Dios Único y Salvador?**

Jesús nunca contradijo la fe en un Dios único, ni siquiera cuando cumplía la obra divina por excelencia, que realizaba las promesas mesiánicas y lo revelaba como igual a Dios: el perdón de los pecados. La exigencia de Jesús de creer en Él y convertirse permite entender la trágica incomprensión del Sanedrín, que juzgó que Jesús merecía la muerte como blasfemo. (Catecismo de la Iglesia Católica # 587-591 594)

**117. ¿Quién es responsable de la muerte de Jesús?**

La pasión y muerte de Jesús no pueden ser imputadas indistintamente al conjunto de los judíos que vivían entonces, ni a los restantes judíos venidos después. Todo pecador, o sea todo hombre, es realmente causa e instrumento de los sufrimientos del Redentor; y aún más gravemente son culpables aquellos que más frecuentemente caen en pecado y se deleitan en los vicios, sobre todo si son cristianos. (Catecismo de la Iglesia Católica # 595-598)

**118. ¿Por qué la muerte de Cristo forma parte del designio de Dios?**

A fin de reconciliar consigo a todos los hombres, destinados a la muerte a causa del pecado, Dios tomó la amorosa iniciativa de enviar a su Hijo para que se entregara a la muerte por los pecadores. Anunciada ya en el Antiguo Testamento, particularmente como sacrificio del Siervo doliente, la muerte de Jesús tuvo lugar según las Escrituras. (Catecismo de la Iglesia Católica # 599-605 619)

**119. ¿De qué modo Cristo se ofreció a sí mismo al Padre?**

Toda la vida de Cristo es una oblación libre al Padre para dar cumplimiento a su designio de salvación. Él da «su vida como rescate por muchos» (Mc 10, 45), y así reconcilia a toda la humanidad con Dios. Su sufrimiento y su muerte manifiestan cómo su humanidad fue el instrumento libre y perfecto del Amor divino, que quiere la salvación de todos los hombres. (Catecismo de la Iglesia Católica # 606-609 620)

**120. ¿Cómo se manifiesta en la última Cena la oblación de Jesús?**

En la última Cena con los Apóstoles, la víspera de su Pasión, Jesús anticipa, es decir, significa y realiza anticipadamente la oblación libre de sí mismo:«Esto es mi Cuerpo que será entregado por vosotros», «ésta es mi sangre que será derramada...» (Lc 22, 19-20). De este modo, Jesús instituye, al mismo tiempo, la Eucaristía como «memorial» (1 Co 11, 25) de su sacrificio, y a sus Apóstoles como sacerdotes de la nueva Alianza. (Catecismo de la Iglesia Católica # 610-611 621)

**121. ¿Qué sucede en la agonía del huerto de Getsemaní?**

En el huerto de Getsemaní, a pesar del horror que suponía la muerte para la humanidad absolutamente santa de Aquél que es «el autor de la vida» (Hch 3, 15), la voluntad humana del Hijo de Dios se adhiere a la voluntad del Padre; para salvarnos acepta soportar nuestros pecados en su cuerpo, «haciéndose obediente hasta la muerte» (Flp 2, 8). (Catecismo de la Iglesia Católica # 612)

**122. ¿Cuáles son los efectos del sacrificio de Cristo en la Cruz?**

Jesús ofreció libremente su vida en sacrificio expiatorio, es decir, ha reparado nuestras culpas con la plena obediencia de su amor hasta la muerte. Este amor hasta el extremo(cf. Jn 13, 1) del Hijo de Dios reconcilia a la humanidad entera con el Padre. El sacrificio pascual de Cristo rescata, por tanto, a los hombres de modo único, perfecto y definitivo, y les abre a la comunión con Dios. (Catecismo de la Iglesia Católica # 613-617 622-623)

**123. ¿Por qué llama Jesús a sus discípulos a cargar con la propia Cruz?**

Al llamar a sus discípulos a tomar su cruz y seguirle (cf. Mt 16, 24), Jesús quiere asociar a su sacrificio redentor a aquellos mismos que son sus primeros beneficiarios. (Catecismo de la Iglesia Católica # 618)

**124. ¿En qué condiciones se encontraba el cuerpo de Cristo mientras estaba en el sepulcro?**

Cristo sufrió una verdadera muerte, y verdaderamente fue sepultado. Pero la virtud divina preservó su cuerpo de la corrupción. (Catecismo de la Iglesia Católica # 624-630)

***18.- LA RESURRECCION DE JESUCRISTO***

**125. - ¿Qué eran «los infiernos» a los que Jesús descendió»?**

Los «infiernos» –distintos del «infierno» de la condenación– constituían el estado de todos aquellos, justos e injustos, que habían muerto antes de Cristo. Con el alma unida a su Persona divina, Jesús tomó en los infiernos a los justos que aguardaban a su Redentor para poder acceder finalmente a la visión de Dios. Después de haber vencido, mediante su propia muerte, a la muerte y al diablo«que tenía el poder de la muerte» (Hb 2, 14), Jesús liberó a los justos, que esperaban al Redentor, y les abrió las puertas del Cielo. [***Más detalles en Catecismo de la Iglesia Católica # 632-637)***](http://www.buenanueva.net/Teologia/xtodescendio_infierno.html)

**126. - ¿Qué lugar ocupa la Resurrección de Cristo en nuestra fe?**

La Resurrección de Jesús es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo, y representa, con la Cruz, una parte esencial del Misterio pascual. (Catecismo de la Iglesia Católica # 631, 638)

**127. - ¿Qué «signos» atestiguan la Resurrección de Cristo?**

Además del signo esencial, que es el sepulcro vacío, la Resurrección de Jesús es atestiguada por las mujeres, las primeras que encontraron a Jesús resucitado y lo anunciaron a los Apóstoles. Jesús después «se apareció a Cefas (Pedro) y luego a los Doce, más tarde se apareció a más de quinientos hermanos a la vez» (1 Co 15, 5-6), y aún a otros. Los Apóstoles no pudieron inventar la Resurrección, puesto que les parecía imposible: en efecto, Jesús les echó en cara su incredulidad. (Catecismo de la Iglesia Católica # 639-644 656-657)

**128. - ¿Por qué la Resurrección es también un acontecimiento trascendente?**

La Resurrección de Cristo es un acontecimiento trascendente porque, además de ser un evento histórico, verificado y atestiguado mediante signos y testimonios, transciende y sobrepasa la historia como misterio de la fe, en cuanto implica la entrada de la humanidad de Cristo en la gloria de Dios. Por este motivo, Cristo resucitado no se manifestó al mundo, sino a sus discípulos, haciendo de ellos sus testigos ante el pueblo. (Catecismo de la Iglesia Católica # 647 656-657)

**129. - ¿Cuál es el estado del cuerpo resucitado de Jesús?**

La Resurrección de Cristo no es un retorno a la vida terrena. Su cuerpo resucitado es el mismo que fue crucificado, y lleva las huellas de su pasión, pero ahora participa ya de la vida divina, con las propiedades de un cuerpo glorioso. Por esta razón Jesús resucitado es soberanamente libre de aparecer a sus discípulos donde quiere y bajo diversas apariencias. (Catecismo de la Iglesia Católica # 645-646)

**130. - ¿De qué modo la Resurrección es obra de la Santísima Trinidad?**

La Resurrección de Cristo es una obra trascendente de Dios. Las tres Personas divinas actúan conjuntamente, según lo que es propio de cada una: el Padre manifiesta su poder, el Hijo«recobra la vida, porque la ha dado libremente» (Jn 10, 17), reuniendo su alma y su cuerpo, que el Espíritu Santo vivifica y glorifica. (Catecismo de la Iglesia Católica # 648-650)

**131. - ¿Cuál es el sentido y el alcance salvífico de la Resurrección?**

La Resurrección de Cristo es la culminación de la Encarnación. Es una prueba de la divinidad de Cristo, confirma cuanto hizo y enseñó y realiza todas las promesas divinas en nuestro favor. Además, el Resucitado, vencedor del pecado y de la muerte, es el principio de nuestra justificación y de nuestra resurrección: ya desde ahora nos procura la gracia de la adopción filial, que es real participación de su vida de Hijo unigénito; más tarde, al final de los tiempos, Él resucitará nuestro cuerpo. (Catecismo de la Iglesia Católica # 651-655, 658 )

**LA MUERTE DE CRISTO, SU CARÁCTER REDENTOR**

* [**Fecundidad de la muerte redentora de Cristo (14.XII.88)**](http://www.churchforum.org/info/El_Papa/Documentos_Pontificios/catequesis/redencion6.htm#Fecundidad de la muerte redentora de Cristo (14.XII.88))
* [**Descendió a los infiernos (11.I.89)**](http://www.churchforum.org/info/El_Papa/Documentos_Pontificios/catequesis/redencion6.htm#Descendió a los infiernos (11.I.89))

**Fecundidad de la muerte redentora de Cristo (14.XII.88)**

**1**. El Evangelista Marcos escribe que, cuando Jesús murió, el centurión que estaba al lado viéndolo expirar de aquella forma, dijo: 'Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios' (Mc 15, 39). Esto significa que en aquel momento el centurión romano tuvo una intuición lúcida de la realidad de Cristo, una percepción inicial de la verdad fundamental de la fe.

El centurión había escuchado los improperios e insultos que habían dirigido a Jesús sus adversarios, y, en particular, las mofas sobre el título de Hijo de Dios reivindicado por aquel que ahora no podía descender de la cruz ni hacer nada para salvarse a sí mismo.

Mirando al Crucificado, quizá ya durante a agonía pero de modo mas intenso y penetrante en el momento de su muerte, y quizá, quién sabe, encontrándose con su mirada, siente que Jesús tiene razón. Si, Jesús es un hombre, y muere de hecho; pero en EI hay más que un hombre, es un hombre que verdaderamente, como el mismo dijo, es Hijo de Dios. Ese modo de sufrir y morir, ese poner el espíritu en manos del Padre, esa inmolación evidente por una causa suprema a la que ha dedicado toda su vida, ejercen un poder misterioso sobre aquel soldado, que quizá ha llegado al calvario tras una larga aventura militar y espiritual, como ha insinuado algún escritor, y que en ese sentido puede representar a cualquier pagano que busca algún testimonio revelador de Dios.

**2**. El hecho es notable también porque en aquella hora los discípulos de Jesús están desconcertados y turbados en su fe (Cfr. Mc 14, 50; Jn 16, 32). El centurión, por el contrario, precisamente en esa hora inaugura la serie de paganos que, muy pronto, pedirán ser admitidos entre los discípulos de aquel Hombre en el que, especialmente después de su resurrección, reconocerán al Hijo de Dios, como lo testificar los Hechos de los Apóstoles.

El centurión del Calvario no espera la resurrección: le bastan aquella muerte, aquellas palabras y aquella mirada del moribundo, para llegar a pronunciar su acto de fe. ¿Cómo no ver en esto el fruto de un impulso de la gracia divina, obtenido con su Sacrificio por Cristo Salvador a aquel centurión?

El centurión, por su parte, no he dejado de poner la condición indispensable para recibir la gracia de la fe: la objetividad, que es la primera forma de lealtad. El ha mirado, ha visto, ha cedido ante la realidad de los hechos y por eso se le ha concedido creer. No ha hecho cálculos sobre las ventajas de estar de parte del sanedrín, ni se ha dejado intimidar por él, como Pilato (Cfr. Jn 19, 8); ha mirado a las personas y a las cosas y ha asistido como testigo imparcial a la muerte de Jesús. Su alma en esto estaba limpia y bien dispuesta. Por eso le ha impresionado la fuerza de la verdad y ha creído. No dudó en proclamar que aquel hombre era Hijo de Dios. Era el primer signo de la redención ya acaecida.

**5**. De hecho el Evangelista reconoce en el suceso el cumplimiento de lo que había sido predicho en dos textos proféticos. El primero, respecto al cordero pascual de los hebreos, al cual, 'no se le quebrará hueso alguno' (Ex 12, 46; Nm 9 12; cfr. Sal 54, 21). Para el Evangelista Cristo crucificado es pues, el Cordero pascual y el 'Cordero desangrado', como dice Santa Catalina de Siena, el Cordero de la Nueva Alianza prefigurado en la pascua de la ley antigua y 'signo eficaz' de la nueva liberación de la esclavitud del pecado no sólo de Israel sino de toda la humanidad.

**6**. La otra cita bíblica que hace Juan es un texto oscuro atribuido al Profeta Zacarías que dice: 'Mirarán al que traspasaron' (Zac 12, 10). La profecía se refiere a la liberación de Jerusalén y Judá por manos de un Rey, por cuya venida la nación reconoce su culpa y se lamenta sobre aquel que ella ha traspasado de la misma manera que se llora por un hijo único que se ha perdido. El Evangelista aplica el texto a Jesús traspasado y crucificado, ahora contemplado con amor. A las miradas hostiles del enemigo suceden las miradas contemplativas y amorosas de los que se convierten. Esta posible interpretación sirve para comprender la perspectiva teológico-profética en la que el Evangelista considera la historia que ve desarrollarse desde el corazón abierto de Jesús.

**7**. La sangre y el agua han sido interpretados de diversa forma en su valor simbólico.

En el Evangelio de Juan es posible observar una relación entre el agua que brota del corazón traspasado y la invitación de Jesús en la fiesta de los Tabernáculos: 'Si alguno tiene sed, venga a mí y beba el que cree en mí. De su seno correrán ríos de agua viva' (Jn 7, 37-38; cfr. 4 1, 10-14; Ap 22, 1). El Evangelista precisa después que Jesús se refería al Espíritu que iban a recibirlos que creyeran en El (Jn 7, 39).

Algunos han interpretado la sangre como símbolo de la remisión de los pecados por el sacrificio expiatorio y el agua como símbolo de purificación.

Otros han puesto en relación el agua y la sangre con el bautismo y la Eucaristía.

El Evangelista no ha ofrecido los elementos suficientes para interpretaciones precisas. Pero parece que se haya dado una indicación en el texto sobre el corazón traspasado del que manan sangre y agua; la efusión de gracia que proviene del sacrificio, como él mismo dice del Verbo encarnado desde el comienzo de su Evangelio: 'De su plenitud hemos recibido todos, y gracia por gracia' (Jn 1, 16).

**8**. Queremos concluir observando que el testimonio del discípulo predilecto asume todo su sentido si pensamos que este discípulo había reclinado su cabeza sobre el pecho de Jesús durante la ultima Cena. Ahora él veía ese pecho desgarrado. Por esto sentía la necesidad de subrayar el símbolo de la caridad infinita que había descubierto en aquel corazón e invitaba a los lectores de su Evangelio y a todos los cristianos a que contemplaran ese corazón 'que tanto había amado a los hombres' que se habían entregado en sacrificio por ellos.

**Descendió a los infiernos (11.I.89)**

**1**. En las catequesis más recientes hemos explicado, con el ayuda de textos bíblicos, el artículo del Símbolo de los Apóstoles que dice de Jesús: 'Padeció bajo el poder de Poncio Pilato, fue crucificado y sepultado'. No se trataba sólo de narrar la historia de la pasión, sino de penetrar la verdad de fe que encierra y que el Símbolo hace que profesemos: la redención humana realizada por Cristo con su sacrificio. Nos hemos detenido particularmente en la consideración de su muerte y de las palabras pronunciadas por él durante la agonía en la cruz, según la relación que nos han transmitido los evangelistas sobre ello. Tales palabras nos ayudan a descubrir y a entender con mayor profundidad el espíritu con el que Jesús se inmoló por nosotros.

Ese artículo de fe se concluye, como acabamos de repetir, con las palabras: '... y fue sepultado'. Parecería una pura anotación de crónica: sin embargo es un dato cuyo significado se inserta en el horizonte más amplio de toda la Cristología. Jesucristo es el Verbo que se ha hecho carne para asumir la condición humana y hacerse semejante a nosotros en todo excepto en el pecado (Cfr. Heb 4 15). Se ha convertido verdaderamente en 'uno de nosotros' (Cfr. Concilio Vaticano 11 Const. Gaudium et Spes 22) para poder realizar nuestra redención, gracias a la profunda solidaridad instaurada con cada miembro de la familia humana. En esa condición de hombre verdadero sufrió enteramente la suerte del hombre, hasta la muerte, a la que habitualmente sigue la sepultura, al menos en el mundo cultural y religioso en el que se insertó y vivió. La sepultura de Cristo es, pues, objeto de nuestra fe en cuanto nos propone de nuevo su misterio de Hijo de Dios que se hizo hombre y llegó hasta el extremo del acontecer humano.

**2**. A estas palabras conclusivas del artículo sobre la pasión y muerte de Cristo, se une en cierto modo el artículo siguiente que dice: 'Descendió a los infiernos' En dicho artículo se reflejan algunos textos del Nuevo Testamento que veremos enseguida. Sin embargo será bueno decir previamente que, si en el período de las controversias con los arrianos la fórmula arriba indicada se encontraba en los textos de aquellos herejes, sin embargo fue introducida también en el así llamado Símbolo de Aquileya que era una de las profesiones de la fe católica entonces vigentes, redactada a final del siglo IV (Cfr. DS 16). Entró definitivamente en la enseñanza de los concilios con el Lateranense IV (1215) y con el 11 Concilio de Lión en la profesión de fe de Miguel el Paleólogo (1274).

Como punto de partida aclárese además que la expresión 'infiernos' no significa el infierno, el estado de condena sino la morada de los muertos, que en hebreo se decía sheol y en griego hades (Cfr. Hech 2, 31).

**3**. Son numerosos los textos del Nuevo Testamento de los que se deriva aquella fórmula. El primero se encuentra en el discurso de Pentecostés del Apóstol Pedro que refiriéndose al Salmo 16, para confirmar el anuncio de la resurrección de Cristo allí contenido, afirma que el profeta David 'vio a lo lejos y habló de la resurrección de Cristo, que ni fue abandonado en el Hades ni su carne experimentó la corrupción' (Hech 2, 31). Un significado parecido tiene la pregunta que hace el Apóstol Pablo en la Carta a los Romanos: '¿Quién bajará al abismo? Esto significa hacer subir a Cristo de entre los muertos' (Rom 10, 7).

También en la Carta a los Efesios hay un texto que, siempre en relación con un versículo del Salmo 68: 'Subiendo a altura ha llevado cautivos y ha distribuido dones a los hombres' (Sal 68, 19), plantea una pregunta significativa: '¿Qué quiere decir ''subió sino que antes bajó a las regiones inferiores de la tierra? Este que bajó es el mismo que subió por encima de todos los cielos, para llenarlo todo' (Ef 4, 8-10). De esta manera el Autor parece vincular el 'descenso' de Cristo al abismo (entre los muertos), del que habla la Carta a los Romanos con su ascensión al Padre, que da comienzo a la 'realización' escatológica de todo en Dios.

A este concepto corresponden también las palabras puestas en boca de Cristo: 'Yo soy el Primero y el Ultimo, el que vive. Estuve muerto pero ahora estoy vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la Muerte y del Hades' (Ap 1, 17-18).

**4**. Como se ve en los textos mencionados, el artículo del Símbolo de los Apóstoles 'descendió a los infiernos' tiene su fundamento en las afirmaciones del Nuevo Testamento sobre el descenso de Cristo tras la muerte en la cruz, al 'país de la muerte', al 'lugar de los muertos' que en el lenguaje del Antiguo Testamento se llamaba 'sheol'. Si en la Carta a los Efesios se dice 'en las regiones inferiores de la tierra', es porque la tierra acoge el cuerpo humano después de la muerte, y así acogió también el cuerpo de Cristo que expiró en el Gólgota como lo describen los Evangelistas (Cfr. Mt 27, 59 s. y paralelos; Jn 19 40-42). Cristo pasó a través de una auténtica experiencia de muerte incluido el momento final que generalmente forma parte de su economía global: fue puesto en el sepulcro.

Es la confirmación de que su muerte fue real, y no sólo aparente. Su alma, separada del cuerpo, fue glorificada en Dios, pero el cuerpo yacía en el sepulcro en estado de cadáver.

Durante los tres días (no completos) transcurridos entre el momento en que 'expiró' (Cfr. Mc 15, 37) y la resurrección, Jesús experimentó el 'estado de muerte', es decir, la separación del alma y cuerpo, en el estado y condición de todos los hombres. Este es el primer significado de las palabras 'descendió a los infiernos', vinculadas con lo que el mismo Jesús había anunciado previamente cuando, refiriéndose a la historia de Jonás, dijo: 'Porque de la misma manera que Jonás estuvo en el vientre del cetáceo tres días y tres noches, así también el Hijo del hombre estará en el seno de la tierra tres días y tres noches' (Mt 12, 40).

**5**. Precisamente se trataba de esto; el corazón o el seno de la tierra. Muriendo en la cruz, Jesús entregó su espíritu en manos del Padre: 'Padre en tus manos encomiendo mi espíritu' (Lc 23, 46). Si la muerte comporta la separación de alma y cuerpo, se sigue de ello que también para Jesús se tuvo por una parte el estado de cadáver del cuerpo, y por otra la glorificación celeste de su alma desde el momento de la muerte. La primera Carta de Pedro habla de esta dualidad cuando, refiriéndose a la muerte sufrida por Cristo por los pecados, dice de él: 'Muerto en la carne, vivificado en el espíritu' (1 Ped 3, 18). Alma y cuerpo se encuentran por tanto en la condición terminal correspondiente a su naturaleza, aunque en el plano ontológico el alma tiende a recomponer la unidad con el propio cuerpo. El Apóstol sin embargo añade: 'En el espíritu (Cristo) fue también a predicar a los espíritus encarcelados' (1 Ped 3, 19). Esto parece ser una representación metafórica de la extensión, también a los que murieron antes que El, del poder de Cristo crucificado.

**6**. Aun en su oscuridad, el texto petrino confirma los demás textos en cuanto a la concepción del 'descenso a los infiernos' como cumplimiento, hasta la plenitud, del mensaje evangélico de la salvación. Es Cristo el que, puesto en el sepulcro en cuanto al cuerpo, pero glorificado en su alma admitida en la plenitud de la visión beatifica de Dios, comunica su estado de beatitud a todos los justos con los que, en cuanto al cuerpo, comparte el estado de muerte.

En la Carta a los Hebreos se encuentra la descripción de la obra deliberación de los justos realizada por El: 'Por tanto... así como los hijos participan de la sangre y de la carne, así también participó él de las mismas, par aniquilar mediante la muerte al señor de la muerte, es decir, al Diablo, y liberar a cuantos por temor a la muerte estaban de por vida sometidos a la esclavitud' (Heb 2, 14-15). Como muerto (y al mismo tiempo como vivo 'para siempre'), Cristo tiene 'las llaves de la Muerte y del Hades' (Cfr. Ap 1, 17)18). En esto se manifiesta y realiza la potencia salvífica de la muerte sacrificial de Cristo, operadora de redención respecto a todos los hombres, también de aquellos que murieron antes de su venida y de su 'descenso a los infiernos', pero que fueron alcanzados por su gracia justificadora.

**7**. Leemos también en la Primera Carta de San Pedro: '...por eso hasta al os muertos se ha anunciado la Buena Nueva, para que, condenados en carne según los hombres, vivan en espíritu según Dios' (1 Ped 4, 6). También este versículo, aun no siendo de fácil interpretación, remarca el concepto del 'descenso a los infiernos' como la última fase de la misión del Mesías; fase 'condensada' en pocos días por los textos que tratan de hacer una presentación accesible a quien está habituado a razonar y a hablar en metáforas espacio) temporales, pero inmensamente amplio en su significado real de extensión de la obra redentora a todos los hombres de todos los tiempos y lugares, también de aquellos que en los días de la muerte y sepultura de Cristo yacían ya en el 'reino de los muertos'. La Palabra del Evangelio y de la cruz llega a todos, incluso a los que pertenecen a las generaciones pasadas más lejanas, porque todos los que se salvan han sido hechos partícipes de la Redención, aun antes de que sucediera el acontecimiento histórico del sacrificio de Cristo en el Gólgota. La concentración de su evangelización y redención en los días de la sepultura quiere subrayar que en el hecho histórico de la muerte de Cristo está inserto el misterio supra histórico de la causalidad redentora de la humanidad de Cristo, 'instrumento' de la divinidad omnipotente. Con el ingreso del alma de Cristo en la visión beatífica en el seno de la Trinidad, encuentra su punto de referencia y de explicación la 'liberación de la prisión' de los justos, que habían descendido al reino de la muerte antes de Cristo. Por Cristo y en Cristo se abre ante ellos la libertad definitiva de la vida del Espíritu, como participación en la Vida de Dios (Cfr. Santo Tomás, III, q. 52, a. 6). Esta es la 'verdad' que puede deducirse de los textos bíblicos citados y que se expresa en el artículo del Credo que habla del 'descenso a los infiernos'.

**8**. Podemos decir, por tanto, que la verdad expresada por el Símbolo de los Apóstoles con las palabras 'descendió a los infiernos', al tiempo que contiene una confirmación de la realidad de la muerte de Cristo, proclama también el inicio de su glorificación. No sólo de El, sino de todos los que por medio de su sacrificio redentor han madurado en la participación de su gloria en la felicidad del reino de Dios.

1. **Cristo en su ser: la unión hipostática.**

* **Unión: de la naturaleza divina y la naturaleza humana**
* **Hipostática: porque esta unió se realizó en la Persona Divina**
* **¿En cuál de las tres personas divinas? La Persona del Hijo.-**
* **¿Cómo se llegó a esta afirmación? ¿Cómo se conformó el dogma cristológico??**

**La formación del dogma cristológico**

***J.A. Riestra***

Cfr. César Izquierdo (ed.), *Diccionario de Teología*, Eunsa, Pamplona 2006, pp. 519-526

***Sumario***

***1. Introducción.- 2. Los primeros siglos.- 3. Los siete primeros concilios ecuménicos: a) Las primeras controversias; b) la crisis nestoriana; c) La controversia monofisita; d) La crisis monotelita; e) La controversia iconoclasta.- 4. Conclusión. Bibliografía***.

**1. Introducción**

La revelación salvífica de Dios alcanza su plenitud en Jesucristo, Hijo de Dios hecho hombre: Él «es la Palabra única e insuperable del Padre. En Él lo dice todo, no habrá otra palabra más que ésta» (CCE 65). En Jesús de Nazaret se ha revelado definitivamente Yahwéh que salva.

De la vida y predicación de Cristo han sido testigos privilegiados los apóstoles, que recibieron del Señor el mandato de «predicar a todos los hombres el Evangelio como fuente de toda la verdad salvadora y de toda norma de conducta, comunicándoles así los bienes divinos: el Evangelio prometido por los profetas, que Él mismo cumplió y promulgó con su voz» (DV 7).

La predicación apostólica «se ha de conservar por transmisión continua hasta el final de los tiempos» (DV 8), pues precisamente «para que este Evangelio se conservara siempre vivo y entero en la Iglesia, los apóstoles nombraron como sucesores a los obispos, "dejándoles su cargo en el magisterio"» (DV 7). La Iglesia es, pues, el lugar de la fe en Cristo. Fruto y testimonio de esta fe es el mismo Nuevo Testamento, cuyos libros nacen, por inspiración del Espíritu Santo, en el seno de la Iglesia viviente y en Ella, con la asistencia del mismo Espíritu, llegan vivos a los hombres de cada época. De ahí que la Iglesia haya siempre leído e interpretado la Escritura «con el mismo Espíritu con que fue escrita» (DV 12).

Para que una cristología pueda considerarse auténtica no basta, pues, que siga el modelo y el ejemplo establecidos en el testimonio apostólico. Es necesario que entienda ese testimonio en el sentido en que fue entendido por la Iglesia a lo largo de toda su historia. La Iglesia es el lugar donde se da el verdadero conocimiento de la persona y de la obra de Cristo (cf. Comisión Teológica Internacional, *Cuestiones selectas de cristología*[1979], 1. B, 2.2). La cristología no se limita a estudiar lo que los primeros cristianos creyeron, no es un discurso indirecto, no es una historia aséptica que no compromete en primera persona al teólogo. La cristología, y el teólogo como cualquier cristiano, aceptando el testimonio de los testigos preelegidos por Dios (cf. Hch 10,41) y apoyándose en ese testimonio, afirma que Jesús es el Hijo de Dios, muerto y resucitado por nuestra salvación (Pontificia Comisión Bíblica, *Bible et christologie,*1.1.3.3.).

En el contexto de la Iglesia de los primeros siglos, de la llamada teología patrística, se produjo un enorme desarrollo de la cristología, hasta el punto de que los primeros siete concilios ecuménicos se han ocupado de algún aspecto relacionado con la doctrina cristológica. Este desarrollo se debió a diversos motivos. En primer lugar, el deseo de conocer siempre mejor lo que la fe enseña sobre Cristo, es decir, el ejercicio de la razón teológica. Pero junto a este factor, hay que tener también presente la necesidad apologética de rebatir las objeciones que procedían de la filosofía pagana, de las corrientes estoicas y platónicas, o del monoteísmo propio de la religión judía. No menos importante fue la necesidad de salir al paso de las diversas herejías que iban surgiendo en el seno de la Iglesia antigua y que negaban la verdadera humanidad o la divinidad de Jesucristo. Para explicitar la fe apostólica en torno a cuestiones que afectaban a aspectos importantes de la fe en Cristo, se produjeron diversas intervenciones del Romano Pontífice, de los obispos y de numerosos concilios, entre los cuales sobresalen los siete primeros concilios ecuménicos.

**2. Los primeros siglos**

Las herejías de los primeros dos siglos negaron menos la divinidad de Jesucristo que su humanidad verdadera (CCE 464).

Es el caso, por ejemplo, del ***docetismo***, presente ya en el siglo I. Los docetas consideraban la materia como mala y, en consecuencia, estimaban indigno que Cristo fuera hombre como los demás, sólo lo parecía. El dualismo profundo de esta corriente es radicalmente opuesto al cristianismo pues llevaba a no admitir en Cristo más que una mera apariencia humana, situándose, por tanto, en abierta oposición a la fe en la encarnación. En este rechazo de la materia y de la corporeidad, el docetismo coincide también con las corrientes gnósticas, que se caracterizan por un fuerte dualismo y por una mitificación de Cristo, al que presentan como un eón del *pléroma*divino y de quien niegan el carácter redentor, limitando su misión a un mero ejemplo y a una simple iluminación interior de la salvación que el gnóstico ya poseería dentro de sí. A estas tendencias disgregadoras de la fe se opusieron con firmeza san Ignacio de Antioquía, san Ireneo de Lyon y Tertuliano.

Hubo también corrientes doctrinales que negaron la divinidad de Jesucristo. Entre ellas destacan los***ebionitas***, cristianos del siglo I provenientes del judaísmo y de tendencias judaízantes, que consideraban a Cristo como un simple hombre, muy santo, pero mero hombre. No admitían su preexistencia y sólo aceptaban el Evangelio de Mateo.

Relacionada con esta herejía se encuentra el ***adopcionismo*** de finales del siglo II, que sostenía que Dios es una sola persona y que, por tanto, no puede hablarse de un Hijo de Dios por naturaleza. Jesús sería un simple hombre que habría sido adoptado por Dios en el momento de su bautismo en el Jordán, o en quien inhabitaría el Verbo de Dios, concebido éste como la, «fuerza» de Dios. Propugnaron estas ideas, entre otros, **Teodoto de Bizancio**, que fue condenado por el papa san Víctor I en él año 190, **Pablo de Samosata**, condenado por el Concilio de Antioquía en el 268 y **Fotino**, condenado por el Concilio I de Constantinopla y por el Sínodo romano del año 382.

Ya por esta época comienzan a perfilarse las dos grandes escuelas teológicas del Oriente, la antioquena y la alejandrina, que se remontaría a la escuela de Orígenes y que dieron lugar a lo que esquemáticamente y con las salvedades oportunas suele conocerse con el nombre de la cristología del*Logos-ánthropos*y la cristología del *Logos-sarx*.

**3. Los siete primeros concilios ecuménicos**

A partir del siglo IV, los grandes temas de la cristología también fueron abordados, los concilios ecuménicos a causa de las diversas herejías que provocaron su convocación.

***a) Las primeras controversias***

El primer Concilio ecuménico es el de **Nicea** (325), que trató la cuestión de la divinidad del Verbo. **Arrio**sostenía que el Hijo era una criatura, que había sido creado de la nada y que no coexistía con el Padre desde la eternidad. El Hijo, aunque fuera la más perfecta de las criaturas, se encontraba subordinado al Padre. Como es evidente, estas afirmaciones no sólo afectan a la doctrina trinitaria, sino también a la cristológica pues se niega, en consecuencia, que Cristo sea Dios. Además, Arrio profesaba otros errores que afectaban más específicamente a la naturaleza humana de Cristo, pues sostenía que el Verbo se habría unido directamente a la carne de Cristo haciendo las veces del alma humana. Como es obvio, estas tesis inciden negativamente en la misión salvífica de Cristo que aparece así como un ejemplo, un modelo que se puede imitar, pero que no sería el Salvador universal que la fe cristiana enseña. Estas tesis de Arrio fueron condenadas en Nicea. En este Concilio se definió la *consustancialidad del Padre y del Hijo* y, por tanto, la divinidad de Cristo (cf. D. 125 y 130).

Después del Concilio I de Nicea tuvo lugar una importante controversia cristológica conocida con el nombre de ***apolinarismo***. Apolinar de Laodicea (? antes de 392) había sido un adversario de las teorías arrianas y tanto él como su padre habían sido perseguidos a causa de su defensa de la fe nicena y en su casa habían dado refugio a san Atanasio de Alejandría. Sin embargo, Apolinar, al intentar defender la unidad y la impecabilidad del Verbo encarnado, afirmó que Cristo carecía de alma intelectual y que era el Verbo quien asumía estas funciones.

De este modo intentaba evitar sea la mutabilidad de la voluntad humana, sea la aparición de una persona humana en Cristo. Sin embargo, esta tesis implica la desaparición de una naturaleza humana verdadera e íntegra en Cristo. En la refutación de la doctrina apolinarista destacó sobre todo san**Gregario de Nisa**. Fue condenada por el papa san **Dámaso**, en el año 375 en la Epístola *Per Filium meum*(D. 148) y en otra Epístola dirigida en 378 a los obispos orientales (D. 149). La doctrina apolinarista fue condenada en el año 381 por el segundo Concilio ecuménico, el **I de Constantinopla**, que se ocupó sobre todo del problema de los macedonianos, que habían negado la divinidad del Espíritu Santo (D. 151). Este Concilio hizo lo propio y completó el Credo del Concilio de Nicea. Desde el punto de vista cristológico conviene señalar, entre otras, la adición de la cláusula «del Espíritu Santo y de María Virgen» allí donde Nicea sólo decía que el Hijo de Dios se ha encarnado. También tiene carácter cristológico la afirmación de que «su reino no tendrá fin». Fue condenada de nuevo por el Sínodo Romano del año 382, en su canon 7 (*Tomus Damasi*, c. 7, D. 159). El influjo de esta polémica con los apolinaristas fue notable y en cierto modo seguirá presente en las futuras controversias cristológicas.

***b) La crisis nestoriana***

La primera controversia que se produjo en el siglo V fue la ***nestoriana***, que tuvo como tema principal la unicidad de la persona de Cristo y en la que intervinieron las grandes tradiciones cristológicas, la antioquena, la alejandrina y la latina. La crisis surgió cuando a raíz de la predicación del sacerdote Anastasio, **Nestorio**, Patriarca de Constantinopla desde el año 428, interviene públicamente el 25 de diciembre de ese año sosteniendo a Anastasio y afirmando que María era madre Cristo pero no madre de Dios, *anthropotókos*pero no *theotókos*.

Ante las protestas que se produjeron, Nestorio escribe al papa Celestino exponiéndole su doctrina y pidiendo su apoyo. Por otra parte, el Patriarca de Alejandría, san **Cirilo**, también había recibido informaciones sobre los sucesos de Constantinopla y escribe una primera carta a los monjes de Egipto que se habían dirigido a él preguntándole si había que llamar a la Santa Virgen Madre de Dios o no, pues si Jesucristo es Dios, ¿cómo la Virgen que lo ha engendrado no es Madre de Dios?

Comienza así una serie de cartas de san Cirilo dirigidas a Nestorio en las que el argumento central no será el mariológico sino el cristológico, es decir, la unidad de Cristo. Las cartas más importantes de esta correspondencia son *la segunda carta de Cirilo a Nestorio*, que fue leída, votada y aprobada por el **Concilio de Éfeso** en 431 y *la tercera carta*, que incluye los llamados 12 anatemas, que fue leída en el Concilio e incluida en las actas pero no votada. Mientras tanto el papa Celestino, informado también por san Cirilo de lo que estaba ocurriendo, había reunido en Roma un sínodo en el que se condena a Nestorio. El emperador Teodosio II convocó en Éfeso un concilio para el 7 de junio del año 431. En esa fecha no habían llegado aún los obispos orientales con el Patriarca de Antioquía, Juan, ni los legados del papa Celestino. Se esperó unos días y el 21 de ese mes Cirilo, con la protesta de 68 de los obispos presentes, convoca para el día siguiente la apertura del Concilio, que el mismo día 22 aprueba los escritos de Cirilo y condena los de Nestorio, a quien se depone. Juan de Antioquía y los obispos sirios llegaron el 26 de junio y, junto con Nestorio y otros obispos, se reúnen en un concilio opuesto y condenan y deponen a su vez a Cirilo.

El 10 de julio llegaron los legados papales que, tras revisar las actas de la primera sesión, aprueban lo realizado por san Cirilo. El Concilio de Éfeso intenta convencer a Juan de Antioquía y al no conseguirlo termina excomulgándole junto con otros 30 obispos. Después de diversas vicisitudes, Nestorio fue depuesto y enviado al exilio por el emperador, que propició también el que la fractura que se había producido entre Cirilo y los orientales se recompusiera en el año 433 con la llamada «Fórmula de unión» (cf. D. 271-273).

El Concilio de Éfeso no ha elaborado ninguna profesión de fe como hicieron los dos concilios ecuménicos anteriores, es más, se remite directamente al Credo de Nicea. Ha hecho suya, sin embargo, la doctrina de Cirilo contenida en su segunda carta a Nestorio, aprobando la cristología unitaria de Cirilo: *la unión según la hipóstasis del Logos con la carne*, la integridad y perfección de las dos naturalezas de Cristo, la*communicatio idiomatum*y la confirmación de la designación de María como *theotókos*.

Sin embargo, la falta de precisión de algunos de los términos que san Cirilo había usado, por ejemplo el de *fisis,*y que por aquella época no estaban aún claramente definidos y aceptados por todos, continuaron pesando por un tiempo y provocaron muchas de las reacciones de los teólogos antioquenos frente a los 12 anatemas de san Cirilo, a quien veían como un apolinarista. No contribuía a facilitar las cosas el uso de la fórmula «una naturaleza encarnada del Dios Logos», que san Cirilo atribuía a san Atanasio, pero que como se comprobó años más tarde era una hábil falsificación de origen apolinarista. A pesar de que el Concilio de Éfeso y la Fórmula de unión del año 433 habían afirmado con fuerza la unicidad de la persona de Cristo, esa claridad no fue suficiente para apaciguar los ánimos y para mantener la unidad de doctrina.

***c) La controversia monofisita***

Esta situación, ya de por sí delicada, empeoró de nuevo pocos años después a causa de la doctrina que difundía por Constantinopla un anciano archimandrita, **Eutiques**, que sostenía que *Cristo subsistía en una única naturaleza*. Antes de la unión hay dos naturalezas, después de la unión sólo una. Cristo es *ex duabus naturis,*pero no subsiste *in duabus naturis.*Eutiques fue acusado por Eusebio, Obispo de Dorilea, ante el Sínodo permanente del Patriarca de Constantinopla, Flaviano, que le condenó en el año 448. Allí Eutiques había sostenido erróneamente que Cristo no es consustancial con los hombres, que después de la unión sólo hay una naturaleza en Cristo. Flaviano se dirigió al Papa, san León Magno, infomándole de lo acaecido.

San León escribió a Flaviano el *Tomus ad Flavianum,*una de las piezas maestras de la cristología latina (cf. D. 290-295). En este documento san León delinea claramente una cristología diofisita y recalca la existencia en Cristo de dos naturalezas y el hecho de que cada una actúa según lo que es propio. Reafirma la doble consustancialidad de Cristo, con el Padre y con nosotros, que posibilita la mediación de Cristo. Estas naturalezas, unidas en el único sujeto, permanecen íntegras y perfectas después de la unión. Enseña así no sólo que en Cristo hay una sola persona y dos naturalezas, sino también que estas naturalezas, unidas sin mezcla ni confusión, conservan sus propias facultades y operaciones. Pero añade que cada naturaleza realiza lo que le es propio siempre en comunión con la otra, pues ambas pertenecen a un mismo y único sujeto: el Verbo.

Esta carta estaba pensada para ser leída en el Concilio que mientras tanto el emperador Teodosio había convocado en Éfeso, a instancias de Eutiques, para el 8 de agosto del 449. Este Concilio, presidido por el Patriarca de Alejandría, Dióscoro, dio lugar a un cúmulo tal de desmanes y desafueros que ha pasado a la historia con el sobrenombre de «el Latrocinio de Éfeso».

Tras la muerte de Teodosio, y convocado por los nuevos emperadores, Pulqueria y Marciano, tuvo lugar un nuevo concilio, en **Calcedonia**, en octubre del 451. Ha sido el Concilio de la Antigüedad en el que más obispos participaron. El Concilio depuso a Dióscoro y redactó, tras no pocas resistencias, una definición cristológica de la fe que ha sido y es un punto de referencia fundamental de la fe de la Iglesia. La fórmula se centra en la confesión de «un solo Hijo, nuestro Señor Jesucristo», a la vez que se confiesa «a un solo Cristo en dos naturalezas», que se encuentran unidas «sin confusión, sin mutación, sin división, sin separación», de forma que constituyen una sola persona, una sola hipóstasis, pues Cristo no está dividido (cf. D. 300-302).

La recepción del Concilio de Calcedonia, sin embargo, no fue pacífica y no se consiguió la deseada unidad doctrinal, particularmente en Oriente donde, junto a la corriente calcedoniana, continuaron la nestoriana y la monofisita. Y todo ello en un ambiente en el que con las problemáticas doctrinales se mezclaban también los intereses políticos de grandes zonas del Imperio bizantino.

Uno de los episodios de esta lucha doctrinal entre monofisitas y diofisitas fue la llamada «cuestión de los tres capítulos», estrechamente relacionada con el **Concilio II de Constantinopla** del año 553. El monofisismo, más de tipo verbal que real, fue sostenido por **Timoteo Aulero**, Filoxeno de Mabbugo y Severo de Antioquía. Se les opusieron sobre todo Leoncio de Bizancio y Leoncio de Jerusalén. Los llamados tres capítulos hacían referencia en concreto a la condenación póstuma de tres de los más destacados teólogos de la escuela antioquena: **Teodoro de Mopsuestia, Teodoreto de Ciro e Ibas de Edesa**. Los dos últimos habían sido injustamente depuestos en el Latrocinio de Éfeso del año 449 y fueron rehabilitados por el Concilio de Calcedonia del año 451. La oposición a un edicto (544) del emperador Justiniano por parte del papa Vigilio, que sólo estaba dispuesto a condenar las doctrinas erróneas pero no las personas, provocó que se convocase el Concilio II de Constantinopla. Después de diversas vicisitudes, el Concilio en su última sesión (2 de junio de 553) condenó los tres capítulos. Sólo el 8 de diciembre de ese año el papa Vigilio se adhirió a esa condena.

La doctrina cristológica conciliar subraya sobre todo la unidad de Cristo y la comunicación de las propiedades de las dos naturalezas en la persona del Verbo. Se trata de una unidad que tiene lugar según la única hipóstasis del Verbo. La naturaleza humana de Cristo es ciertamente distinta de la divina y recibe su ser personal del Verbo, que es así el sujeto último de atribución de las acciones de Cristo (cf. D. 421-438). El Concilio aclaró también que la conocida fórmula que san Cirilo había usado, «una naturaleza del Dios *Logos*encarnado», debía entenderse en el sentido de que «realizada la unión de la naturaleza humana y de la naturaleza divina según la hipóstasis, el efecto ha sido un solo Cristo», condenando el intento de introducir con ella «una sola naturaleza o sustancia de la divinidad y de la carne de Cristo» (D. 429). Vale la pena señalar también que este Concilio no sólo subraya de nuevo lo fundado del título de *Theotókos,*sino también la perpetua virginidad de María (cf. D. 427 y 422).

***d) La crisis monotelita***

Aunque el Concilio II de Constantinopla había ahondado en la interpretación del Concilio de Calcedonia, integrando las posiciones alejandrina y antioquena, no por eso se consiguió la paz con los monofisitas. Durante el siglo sucesivo las diferencias teológicas se hicieron muy vivas en torno a un tema que implica las dos naturalezas de Cristo: las operaciones y las voluntades de Cristo.

En el año 629 el emperador Heraclio vence a los persas y reconquista para el Imperio bizantino los territorios de Siria, Palestina y Egipto. Estos territorios eran prevalentemente monofisitas, por lo que entre otras medidas se intentó una política de acercamiento teológico a los monofisitas. En este contexto, Ciro, Patriarca de Alejandría, propone en el año 633 un pacto de unión en torno a una fórmula que dice que «el único y mismo Cristo e Hijo obra lo que es divino y lo que es humano por una sola actividad teándrica» (*Mansi*, XI, 565). Se trata de una fórmula ambigua, que podía ser entendida en sentido calcedoniano o en sentido monofisita. Así lo hicieron notar san Sofronio, Patriarca de Jerusalén, y san Máximo el Confesor. Sergio, Patriarca de Constantinopla, aceptó la postura de Ciro.

En 634 Sergio escribe al papa Honorio comunicándole que había tomado la decisión de que no se hablara de una o de dos energías en Cristo, para facilitar el camino de vuelta a los monofisitas. Da a entender que de la existencia de dos actividades en Cristo se seguiría necesariamente la existencia de dos voluntades contrarias, y para evitarlo prescinde de la voluntad humana de Cristo, hablando claramente de una sola voluntad. Del terreno de las operaciones se pasa así al de las voluntades.

La tensión entre Roma y Constantinopla fue incrementándose con el paso del tiempo, a causa de esta controversia, conocida con el nombre de ***monoenergeta y monotelita***. En medio se encuentran la conocida «cuestión del papa Honorio» y la muerte en el año 655, en el destierro, del papa san Martín I, que había convocado en Roma el **Concilio de Letrán** del año 649 oponiéndose al uso de la expresión «operación teándrica» en el sentido de que en Cristo hubiera una sola operación, y afirmando la unicidad del sujeto que actúa y la duplicidad de voluntades y operaciones con que actúa (d. D. 515).

La clarificación definitiva tuvo lugar con el **Concilio III de Constantinopla** del año 681, que condenó la herejía monotelita. El Concilio subraya en su definición que está en continuidad con los cinco concilios ecuménicos anteriores y enseña que las dos naturalezas de Cristo están vivas y operantes, de forma que actúan íntimamente unidas pero sin confusión entre ellas. El actuar de Cristo manifiesta el perfecto acuerdo existente entre sus dos voluntades naturales, entre las que no hay oposición, pues su voluntad humana sigue y se somete libremente a su voluntad divina. Afirma también la existencia en Cristo de dos operaciones naturales. Las dos voluntades y las dos operaciones concurren a la salvación del género humano. No hay entre ellas oposición ni desacuerdo (cf. D. 556-559).

***e) La controversia iconoclasta***

El último de los grandes concilios cristológicos, el **II de Nicea** del año 787, se ocupó de la llamada**controversia iconoclasta**. A los pocos años del final de la disputa monotelita, comenzó otra de gran duración y violencia, la iconoclasta, que duró casi 150 años. La primera crisis grave tuvo lugar en el año 727, cuando el emperador León III el Isáurico mandó destruir el icono de Cristo que se encontraba encima de la puerta de bronce del palacio imperial. La cuestión en juego no era de tipo artístico sino cristológica. Ya desde los primeros siglos existían dentro de la Iglesia quienes, como Clemente de Alejandría, Orígenes y Eusebio de Cesarea, eran contrarios a las imágenes. Se basaban en la prohibición veterotestamentaria (Ex 20,4) y en la espiritualidad e infinitud de Dios que es, por tanto, incircunscribible,*aperígraphos.*Sin embargo, la mayor parte de los teólogos, sobre todo a partir del siglo IV, como los Padres capadocios, son favorables al culto a las imágenes. El punto decisivo será la concepción que se tenga de Cristo como Imagen del Padre (cf. Col 1,15; Hb 1,3). La base trinitaria de la cuestión, más presente durante la controversia arriana, pone también de manifiesto su aspecto cristológico, pues si el Hijo es la imagen perfecta del Padre, el Hijo lo es también en cuanto hombre. Las imágenes de Cristo no representan la divinidad del Verbo sino su manifestación en la carne. Se opusieron a los iconoclastas san Germán de Constantinopla y san Juan Damasceno, que subrayan que rechazar las imágenes equivale a rechazar la encarnación del Verbo.

El II Concilio de Nicea, convocado en 787 por la emperatriz regente Irene, tras declarar herético el Sínodo iconoclasta que el emperador Constantino V Coprónimo había convocado en el palacio imperial de Hierea el año 754, promulgó una definición en la que se enseña que el culto de veneración, no de latría, a las imágenes forma parte de la tradición de la Iglesia, confirma la real encarnación del Verbo y que el honor tributado a la imagen se dirige a quien la imagen representa. El Concilio condenó a todos los que rechazaran las imágenes (cf. D.600-609).

La doctrina del Concilio II de Nicea, sostenida por los Papas, no encontró, sin embargo, una acogida favorable ni en Occidente, a causa de los malentendidos que se produjeron en la corte de Carlomagno, ni en Oriente, donde con el emperador León V el Armenio recomenzó otro periodo de persecuciones y destrucción de imágenes. La paz definitiva llegó sólo en 843 cuando un concilio, no ecuménico, convocado en Constantinopla por la emperatriz regente Teodosia, declaró de nuevo legítimo el culto a las imágenes y condenó a los iconoclastas. La Iglesia bizantina recuerda anualmente este acontecimiento el primer domingo de Cuaresma con la fiesta de la ortodoxia.

**4. Conclusión**

Las definiciones dogmáticas de los concilios ecuménicos constituyen un punto de referencia fundamental para el estudio y la investigación de la cristología. Ciertamente estas definiciones no agotan el misterio que intentan exponer o defender, pues son siempre formulaciones humanas, y por tanto, con los límites propios de toda palabra humana. Es más, no agotan ni siquiera toda la comprensión de Cristo que la Iglesia, asistida por el Espíritu Santo, había alcanzado hasta ese particular momento histórico. La misma evolución de los concilios, y de las herejías a las que intentan responder, muestra cómo cabe siempre una mayor profundización en el misterio de Cristo.

Estas mismas características no siempre son tenidas en cuenta y, en ocasiones, se ha presentado la doctrina de concilios como Nicea o Calcedonia como una helenización del dogma cristológico, como manifestación de una falta de sensibilidad por los aspectos soteriológicos. Y sin embargo, estas acusaciones habría más bien que dirigirlas a los diversos herejes de aquellos tiempos para los que la fe de la Iglesia resultaba incomprensible precisamente a la luz de los postulados filosóficos y culturales del helenismo de sus diversas épocas. Las investigaciones sobre este tema, sin embargo, han puesto de manifiesto que los padres conciliares no se han dejado seducir por la tentación de asimilar la verdad cristiana a las categorías filosóficas griegas. Ciertamente el pensamiento cristiano ha hecho uso de conceptos que provienen de la cultura griega, pero ha hecho igualmente uso de tantos otros que son fruto de la razón humana en general, no de la razón griega.

El aspecto soteriológico ha estado siempre presente en los concilios antiguos, ya desde Nicea. El que las definiciones conciliares antiguas no tengan un corte de tipo histórico-salvífico tal y como hoy lo entendemos, no significa que la historia de la salvación brille por su ausencia. No pocas veces, por el contrario, los herejes son acusados de alterar el misterio de la economía de la encarnación del Señor por nosotros. La diversidad de acentos que a veces se puede observar entre el kerigma evangélico y la cristología patrística no es una traición al anuncio bíblico, como a veces se ha dicho simplificando no poco el argumento. El Nuevo Testamento no es sólo un discurso sobre la historia y las funciones de Cristo, es también un discurso sobre el ser de Cristo. La cristología patrística en cierto modo no hace más que continuar esta línea. En esto reside precisamente la importancia de la discusión en torno al concepto de cristología funcional y cristología ontológica.

Antes de terminar, conviene señalar, desde una perspectiva ecuménica, que desde hace años existe un proceso de clarificación de estas antiguas controversias entre la Iglesia católica, la Iglesia asiria de Oriente y las antiguas Iglesias orientales que han conducido a diversas declaraciones de fe cristológica entre la Iglesia católica y la Iglesia asiria de Oriente, y entre la Iglesia católica y algunas de las antiguas Iglesias orientales.

**Bibliografía**

La bibliografía sobre estos temas es abundantísima. Pueden resultar útiles los diversos volúmenes de la colección *Histoire des conciles oecuméniques,*publicados por la editorial L?Orante (París), muchos de los cuales han sido traducidos a diversos idiomas. Damos a continuación algunas referencias que pueden servir para una primera introducción al argumento.

?A. Amato, *Jesús*es *el Señor,*Madrid 1998.

?A. Ducay Real (ed.), *II Concilio di Calcedonia 1550 anni dopo,*Citta del Vaticano 2003.

?A. Grillmeier, *Jesus der Christus im Glauben der Kirche,*2 vols. en 5 t., Freiburg i. B. 1986-2002. (Existe una traducción castellana del primer volumen: *Cristo en la tradición cristiana: desde el tiempo apostólico hasta el concilio de Calcedonia* [451], Salamanca 1997).

?A. Grillmeier y H. Bacht (eds.), *Das Konzil von Chalkedon. Geschichte und Gegenwart,*3 vals., Würzburg 1951-1954.

?J.A. McGuckin, *St. Cyril of Alexandria: The Christological Controversy*. *Its History, Theology, and Texts*, Leiden 1994.

?F. Ocáriz, L.F. Mateo-Seco y J.A. Riestra, *El misterio de Jesucristo,*3ª ed., Pamplana 2004